
Friedrich
Nietzsche
Consideraciones
intempestivas, 2
Biblioteca Nietzsche
Alianza Editorial

# Friedrich Nietzsche

## Segunda consideración intempestiva

### Sobre la utilidad y los inconvenientes de la Historia para la vida



libros del
*Zorzal*

Nietzsche, Friedrich Wilhelm
Segunda consideración intempestiva
1a ed., Buenos Aires: Libros del Zorzal, 2006
160 p.; 18x12 cm. (Trazos)

ISBN 987-599-003-5

1. Ensayo Alemán. I. Título CDD 834

TRADUCCIÓN · JOAQUÍN ETORENA

ILUSTRACIÓN DE TAPA · NICOLÁS ARISPE

ILUSTRACIÓN DE CONTRATAPA · MARÍA RABINOVICH

DISEÑO · VERÓNICA FEINMANN

TÍTULO ORIGINAL: *Unzeitgemässe Betrachtungen (II). Vom Nutzen und Nachteil der Historie für das Leben*



Este libro se realizó con el apoyo de la Dirección General de Industria, Comercio y Servicios de la Subsecretaría de Producción, G.C.B.A.

ISBN 987-599-003-5
Libros del Zorzal
Printed in Argentina
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de *Segunda consideración intempestiva*, escríbanos a:
info@delzorzal.com.ar

www.delzorzal.com.ar

# Índice

# Prólogo

1. "Por cierto, me resulta odioso todo aquello que sólo me instruye, sin alimentar a su vez mi actividad o vitalizarme de forma inminente." Estas palabras de Goethe, cual un impetuoso *ceterum censeo*, han de dar comienzo a nuestra consideración acerca del valor o no-valor del estudio de la Historia.

En esta contemplación se expondrá por qué la instrucción sin avivamiento, por qué el conocimiento que hace languidecer la actividad humana, por qué la Historia, considerada a modo de un lujo precioso y como una superfluidad del conocimiento, debe resultarnos, según el proverbio de Goethe, seriamente odiosa; es que aún carecemos de lo meramente necesario y lo superfluo es el enemigo de lo necesario. Por cierto, necesitamos la Historia, pero la necesitamos de una forma distinta de como la necesita el hombre mimado que deambula ociosamente en el jardín del saber, por más que éste contemple con altivo desdén nuestras necesidades y penurias, tan rudas y purgadas de gracia.

Es decir, necesitamos la Historia para la vida y para la acción, no para apartarnos cómodamente de la vida y de la acción o para venerar la vida egoísta, la acción cobarde y malversada. Sólo serviremos a la Historia en tanto ella sirva a la vida; pero existe un modo de promover y valorar el estudio de la Historia que conduce al deterioro y a la degeneración de la vida: he aquí un fenómeno cuya experimentación por medio de los síntomas notables de nuestros tiempos resulta, hoy por hoy, tan imponderable como doloroso.

2. Me he empeñado en describir una sensación que a menudo me ha atormentado: me vengo de ella exponiéndola al conocimiento del público. Quizás alguien se sienta incentivado, a causa de esta descripción, a explicarme que también conoce tal sensación, pero que yo no la he percibido lo suficientemente pura y genuina y que, en efecto, no la he expresado con la necesaria seguridad y madurez que proviene de la experiencia. Probablemente uno o dos alegarán eso. Pero la mayoría de mis lectores me dirá que se trata de una sensación equívoca, innatural, abominable y sencillamente ilegítima y que, aun más, a través de esta descripción me he mostrado indigno de aquella poderosa corriente histórica que, como es sabi-





do, puede detectarse desde hace dos siglos entre los alemanes. No obstante, el hecho de que ose explayarme sobre la naturaleza de mis sentimientos contribuirá al fortalecimiento de la prudencia general antes que a su deterioro, porque, con ello, a muchos ofrezco la oportunidad de atribuir halagos a la corriente histórica antes mencionada. En lo que concierne a mí mismo, obtengo algo que considero harto más valioso que la prudencia: el hecho de ser instruido y corregido públicamente en cuanto a las particularidades de nuestro tiempo.

3. La presente consideración es intempestiva también porque consiste en el intento de comprender aquello en que nuestra época deposita un orgullo justificado –que es la instrucción histórica– como daño, falencia y defecto de la época. Por ello, creo que padecemos de una fiebre histórica y que deberíamos reconocerlo. Sin embargo, visto que Goethe ha dicho con aserción que nuestras virtudes cultivan a su vez nuestras falencias y puesto que, como es consabido, una virtud hipertrófica –tal como, a mi juicio, parece ser el sentido histórico de nuestra época– puede conducir tanto a la ruina de un pueblo como un vicio hipertrófico, es justificado que se me permita proceder. Además,

en mi defensa, no debe soslayarse que las experiencias que me han proporcionado tales sentimientos tortuosos han surgido de mí mismo y que sólo me he servido de las experiencias de otros con el propósito de enarbolar comparaciones. Por lo demás, debo destacar que, como engendro de esta época actual, sólo he sido conducido por mí mismo a estas consideraciones intempestivas en el grado en que me veo a mí mismo como un pupilo de épocas anteriores, particularmente, de la helénica. Sin embargo, encuentro que, como filólogo clásico, me compete tal procedimiento: no sabría definir qué sentido puede tener la filología clásica en nuestros tiempos sino el de proceder de manera intempestiva, es decir, de proceder en un sentido contrario al espíritu contemporáneo y, con ello, surtir un efecto sobre él y los tiempos futuros.



# 1

1. Contempla el tropel pastando a tu lado: no sabe lo que es el ayer ni el hoy, corre de un lado a otro, pasta, descansa, digiere y vuelve a correr. Así continúa, de la madrugada a la noche, de día a día. Así, con la gana y el desgano amarrado al poste del instante, no siente melancolía ni tedio. Esta observación resulta dura al hombre que, mientras se jacta de su humanidad ante el animal, anhela celosamente obtener su dicha. Es eso lo que desea: cual el animal, vivir sin hastío ni dolor. Pero lo anhela en vano porque no lo desea del mismo modo que el animal. El hombre habrá preguntado algún día al animal: "¿por qué tan sólo me miras y no das cuenta de tu dicha?". El animal, por cierto, habría querido contestar: "eso ocurre porque siempre olvido lo que quise decir". Pero en ese instante ya olvidó la respuesta y enmudeció, dejando al hombre atónito.

2. El hombre también se asombra de sí mismo por no poder aprender el olvido y permanecer atado al pasado: por más lejos y veloz que corra, la cadena siempre lo acompaña. Es un milagro: el ins-

tante aparece en un parpadear, en el próximo desaparece, antes una nada, después una nada, sin embargo retorna como un fantasma para estorbar la tranquilidad de un instante venidero. Sin cesar, se desprende una hoja del hilo del tiempo, cae, revolotea, y de repente vuelve a caer en el seno del hombre. Entonces, el hombre dice "recuerdo" y envidia al animal que, en seguida, olvida cada momento, viéndolo morir realmente y desvanecerse para siempre en la niebla y la noche. Así es que el animal vive de manera no histórica, porque se realiza en cada momento, cual un número, sin transformarse en una fracción extraña. No sabe fingir, no encubre nada y en cada momento es plenamente lo que es, lo cual lo obliga inexorablemente a ser sincero. El hombre, sin embargo, se opone a la grande y creciente carga del pasado: ésta lo doblega o lo inclina hacia un costado, entumece su andar como un fardo invisible y oscuro. En ocasiones y sólo aparentemente, puede negarlo, tal como lo suele hacer gustosamente y a menudo cuando persigue el fin de dar envidia al tratar con sus semejantes. Es por ello que al hombre lo atrapa, como un recuerdo del paraíso perdido, la imagen de un rebaño en los pastizales o, con mayor familiaridad, la del niño que aún no tiene pasado que denegar y puede jugar entre los alambrados del





pasado y del futuro con insolente ceguera. Pero su juego se verá inevitablemente estorbado: en buena hora, será despertado de su negligencia. Es entonces que aprende a comprender la expresión "érase una vez", aquella consigna que anuncia al hombre la llegada de la lucha, el sufrimiento y el tedio, para recordarle la verdadera índole de su existencia, que es un imperfecto siempre inconcluso. Cuando la muerte finalmente aporta el anhelado olvido, a su vez usurpa el presente y la existencia, marcando la experiencia con un sello que revela que la existencia no es más que un infinito haber sido, una cosa que vive de su propia negación, del consumo de sí misma y de su contradicción incesante.

3. Si la felicidad y la procuración de nuevas felicidades es, en cierto sentido, lo que ata al viviente a la vida y lo empuja a seguir viviendo, entonces probablemente no exista filósofo que pueda reclamar para sí mayor justificativo que el cínico: es que la felicidad del animal, como ejemplo por antonomasia del cínico, pone en evidencia la legitimidad del cinismo. La suerte más pequeña, cuando está presente y brinda felicidad de forma ininterrumpida, sin duda alguna, es de mayor valor que la suerte más grande que aparece como episodio,

como una simple expresión del humor, como idea alocada entre el desgano, el anhelo y la privación. No obstante, tanto en lo que respecta a la felicidad pequeña como a aquella que es mayor, su esencia es siempre la misma: el poder olvidar o, por expresarlo con mayor erudición, la capacidad de sentir de manera no histórica durante el plazo que abarca la felicidad. Quien no puede asentarse en el umbral del instante olvidando todo lo pasado, quien no puede erguirse cual una diosa de la victoria en un solo punto, sin vértigo ni temor, nunca sabrá qué es la felicidad y, peor aún, nunca hará nada por brindar felicidad a sus prójimos. Figuraos, como ejemplo extremo, un hombre que, del todo carente de la fuerza del olvido, estuviese condenado a verlo todo como un devenir: un ser como tal ya no cree en su propia existencia, no cree en sí mismo. Viendo todas las cosas como si se disolvieran en un flujo de puntos en movimiento, se perdería a sí mismo en la corriente del incesante devenir. Al igual que aquel elevado discípulo de Heráclito, finalmente no se atreverá ni a levantar un dedo. Toda acción demanda olvido, tal como toda vida orgánica no sólo demanda luz sino también oscuridad. Un hombre que quisiera sentir únicamente de manera histórica sería semejante a alguien obligado a privarse del sueño o bien a un animal destinado a





vivir rumiando infinitamente, masticando una y otra vez el mismo pasto. Entonces: es posible vivir casi desprovisto de todo recuerdo y hasta vivir contento, como demuestra el animal. Sin embargo, es determinantemente imposible vivir sin olvido. O, para enarbolar el problema de manera más sencilla: existe un grado de insomnio, del rumiar y del sentido histórico que atenta contra lo vivo y lo conduce a la perdición, con indiferencia de si se trata de un ser humano, un pueblo o una cultura.

4. Para poder determinar ese grado y, con él, el límite a partir del cual lo pasado debe ser olvidado para no convertirse en el enterrador de lo presente, sería necesario conocer la fuerza plástica de cada humano, cada pueblo y cada cultura. Me refiero a aquella fuerza de crecer de sí mismo y de manera propia, de transformar lo pasado y lo desconocido y de incorporarlo, de sanar las heridas, recuperar lo perdido y recomponer desde sí mismo las formas quebrantadas. Hay hombres que carecen hasta tal punto de esta fuerza que se desangran irremediablemente a causa de un pequeño rasguño, de una sola experiencia, de un solo dolor y, a menudo, de una sola e ínfima injusticia. Por otro lado, existen seres humanos a quienes ni los acaecimientos más salvajes y ate-

rradores de la vida ni tampoco las hazañas de su propia malicia pueden inmutar, de suerte que, en medio de estos acontecimientos o poco tiempo después, logran alcanzar un ameno bienestar y hasta una especie de conciencia tranquila. Cuanto más fuerte sean las raíces de la naturaleza interior de un ser humano, tanto mayor es su capacidad de apropiarse o de subyugar el pasado. Si uno quisiese imaginar la naturaleza humana más poderosa e imperante, la reconocería por su facultad de desconocer los confines desde los cuales el sentido histórico surte sus efectos nocivos y parasitarios. En cambio, atraería y absorbería todo lo pasado y ajeno para transformarlo en sangre. Todo lo que tal naturaleza no logra vencer, lo olvida y no existe más. Así, el horizonte aparece íntegro y forma un todo, y nada existe que pueda evocar el recuerdo de que, allende ese mismo hombre, existen otras pasiones, doctrinas y fines. He aquí una ley universal: lo viviente sólo puede tornarse sano, fuerte y fértil dentro de un horizonte determinado; de ser incapaz de trazar un horizonte en derredor suyo o, por el contrario, de ser demasiado centrado en sí mismo para poder incorporar a la visión ajena una perspectiva propia, lo vivo languidece y se lanza, con indiferencia o con fervor, a su propio declive. La alegría, la buena conciencia, la acción





entusiasmada, la confianza en lo venidero, todo ello depende, en cada cual tanto como en un pueblo, de la existencia de una línea que separa lo claro y visible de aquello que es oscuro y oculto a la vista. También depende de saber olvidar y recordar en el momento justo, de intuir con fuerte instinto cuándo es necesario sentir de manera histórica y cuándo no. He precisamente aquí la propuesta que el lector está invitado a considerar: tanto la perspectiva histórica como la no histórica son igualmente necesarias para preservar la salud de un individuo, de un pueblo o de una cultura.

5. En este sentido, cada uno aporta ante todo una observación: el conocimiento y el sentido histórico de un humano pueden ser muy limitados, su horizonte fraccionado como el de un habitante de los valles alpinos y, en cada fallo, ha de depositar necesariamente una injusticia; en cada experiencia, la falacia de creerse el primero en reconocerla. Sin embargo, pese a toda injusticia y todo error, el hombre permanece erguido con inquebrantable salud y vigor, alegrando la visión de los demás, mientras que a su lado se enferma y se derrumba un ser infinitamente más justo e instruido porque las desveladas líneas de su horizonte se desplazan a cada rato impidiendo que se libere de la fina

malla que, compuesta por el espíritu de lo justo y la veracidad, lo aparta de la voluntad y de la aspiración puras. En comparación, hemos visto al animal que, gracias a encontrarse enteramente desprovisto de toda concepción histórica y de estar dotado de un horizonte casi puntual, logra vivir con cierta felicidad o, al menos, sin tedio y sin necesidad de simular. Por consiguiente, hemos de calificar de primordial y genuina la capacidad de sentir, hasta cierto grado, de forma no histórica, puesto que es aquí donde reside el fundamento de lo justo, lo sano, grande y verdaderamente humano. El envoltorio de lo no histórico es semejante a una atmósfera hermética en la cual la vida sólo es engendrada para desaparecer nuevamente con la destrucción de esa atmósfera.

6. Es cierto: sólo en el grado en que el hombre logra restringir el elemento no histórico mediante la reflexión, la re-reflexión, la comparación, distinción y unificación; sólo en tanto se produce, en aquella nube que todo lo encierra, un destello luminoso; es decir, sólo en tanto posee el poder de utilizar lo pasado para la vida y de transformar lo acaecido en Historia, el hombre se vuelve humano. Sin embargo, cuando la razón histórica se torna excesiva, el ser humano deja de serlo y, más





aun, de haberse visto despojado de la envoltura de lo no histórico, no hubiera comenzado, ni siquiera hubiese osado ser. ¿Dónde están las hazañas que el hombre pueda llevar a cabo sin haberse introducido previamente a las neblinas de lo no histórico? Mas dejemos a un lado las imágenes e ilustremos lo dicho mediante un ejemplo: imaginemos a un hombre conmovido e impulsado por una fuerte pasión, sea por una mujer o una gran idea. ¡Cuánto se transforma su mundo! Mirando hacia atrás, se siente ciego escuchando a los costados, lo ajeno se le acerca como un sórdido rumor carente de significado. Aquello que percibe, nunca antes lo había percibido de manera tan táctil, colorida, matizada e iluminada, como si se apoderase de todos sus sentidos a la vez. Todas sus anteriores evaluaciones se hallan transformadas y desvalorizadas. Es tanto lo que ya no logra apreciar, porque apenas logra sentirlo: se pregunta cuánto tiempo ha sido preso de palabras y opiniones ajenas y se sorprende de que su mente gire incansablemente en torno a lo mismo, siendo a su vez demasiado débil y fatigada para escaparse de un sólo salto de ese círculo. Es la condición más injusta que se pueda imaginar: estrecha, ingrata ante el pasado, ciega ante los peligros, sorda a las premoniciones, es como un pequeño torbellino de vida en un mar

muerto de noche y olvido. No obstante, este estado del espíritu –profundamente antihistórico– es la cuna, no sólo de la acción injusta, sino, sobre todo, de toda acción justa, dado que ningún artista ha de haber obtenido su obra, ningún general su victoria y ningún pueblo su libertad sin haberlo deseado y ambicionado previamente en tal condición no histórica. Aquel que actúa, en la expresión de Goethe, reniega de la conciencia, y también se halla desprovisto del conocimiento: olvida la mayoría de las cosas para estar en condiciones de realizar una. De esta manera, actúa injustamente respecto de lo que ha dejado atrás y sólo reconoce un derecho, el derecho de aquello que ha de ser ahora. Es por ello que todo ser que actúa ama su hazaña infinitamente más de lo merecido, y que las mejores hazañas surgen de un desborde de amor tal que, por invalorables que sean, no podrían ser sino indignas de este amor.

7. Alguien capaz de olfatear y ventear, con mayor sensibilidad, la atmósfera no histórica en la cual se han producido los grandes advenimientos históricos, quizá sea capaz, en su condición de ser cognoscente, de elevarse a aquella posición *suprahistórica* que Niebuhr ha definido como posible resultado de las contemplaciones históricas. "La





Historia", dice Niebuhr, "comprendida de una manera clara y exhaustiva, al menos sirve para una cosa: para convencerse de que aun los espíritus más elevados de nuestra especie no saben cuán fortuitamente han concebido las visiones que procuran imponer a los demás mediante la coerción, debido a que poseen una conciencia excepcionalmente imperiosa. Quien no sabe esto con certidumbre, y no lo ha experimentado en varias ocasiones, se dejará subyugar por la apariencia de un espíritu poderoso que vuelca la más altiva pasión a una forma concreta."

Tal posición habría de considerarse *suprahistórica* puesto que quien la adoptase ya no sentiría la tentación de seguir viviendo o de contribuir a la Historia porque ha descubierto la condición inexorable de toda acción: aquella ceguera e injusticia en el alma de quien acciona. En cambio, él mismo se habrá abstenido, a partir de este momento, de tomar demasiado en serio a la Historia, gracias haber aprendido a contestar la pregunta de por qué y para qué se vive, mediante el ejemplo de cada hombre, de cada acaecimiento entre helenos y turcos, de cada hora del primero o del decimonoveno siglo. Quien consulte entre sus amistades si desearían volver a vivir los últimos diez o veinte años de sus vidas, fácilmente podrá

distinguir entre ellos a aquel que está predestinado para la postura *suprahistórica*: si bien es probable que todos contesten que *no* a dicha pregunta, con certeza fundamentarán ese *no* de diferentes maneras. Algunos quizás se consuelen con la apreciación de que "los próximos veinte serán mejores". De éstos, David Hume dice con desdén:

*And from the dregs of life hope to receive,*
*What the first sprightly running could not give.*

8. Llamémoslos los hombres históricos. La mirada hacia el pasado los empuja hacia el futuro, enardece su valentía de seguir lidiando con la vida, enciende su esperanza de que lo justo está por venir en adelante, de que la felicidad se oculta detrás de la montaña a la que se están aproximando. Estos hombres históricos creen que el sentido de su existencia se irá revelando paulatinamente a través de un proceso. Volviendo la mirada hacia atrás pretenden contemplar el avance de dicho proceso y así comprender el presente en pos de aprender a añorar el porvenir con mayor fervor. A pesar de su preocupación por la Historia, ellos no saben cuán *ahistórico* es su pensar y proceder, ni que sus estudios históricos, antes de ponerse al servicio del conocimiento puro, deben estar al servicio de la vida.





9. Pero aquella pregunta, cuya primera respuesta hemos contemplado hasta aquí, en efecto puede ser contestada de diferentes maneras. Por cierto, nuevamente con un *no*, pero con un *no* que se apoya en un fundamento distinto. He aquí el *no* del hombre *suprahistórico*, que no halla la redención en el proceso sino que, por el contrario, concibe el mundo como un todo siempre concluso que en cada instante ha alcanzado ya su terminación. ¡Qué podrían enseñar diez años nuevos que no han podido enseñar los diez años que han pasado!

10. Los hombres *suprahistóricos* nunca se han puesto de acuerdo acerca de si el móvil de su doctrina es la felicidad, la resignación o la virtud; sin embargo, oponiéndose a todas las perspectivas históricas sobre el pasado, sí concuerdan en que lo pasado y lo presente representan una misma cosa: con toda su diversidad, estas categorías están compuestas de elementos típicos y, dada la omnipresencia de estos tipos inconmutables, esbozan un cuadro inmóvil de valor estable y de un significado siempre igual. Tal como centenares de idiomas diferentes responden a las mismas necesidades típicas e inamovibles de la humanidad, de manera que quien conociese estas necesidades no podría obtener nuevas conclusiones del conocimiento de todos

estos idiomas, tal es como el hombre *suprahistórico* dilucida desde su interior la historia de todos los pueblos y de los individuos, adivinando cual vidente el sentido intrínseco de los diferentes jeroglíficos, eludiendo, con creciente fatiga, la interminable afluencia de acontecimientos. ¿De qué manera podría salvarse, sumergido de esta manera en la abundancia de los acaecimientos, de la saturación, la sobresaturación y hasta del mismo disgusto? Es por ello que el más audaz quizá ose decir a su corazón aquellas palabras de Giacomo Leopardi:

*"Nada vive que sea digno de tus emociones,*
*y la tierra no merece ni un suspiro.*
*Dolor y aburrimiento es nuestro ser*
*y el mundo un excremento, nada más.*
*Por ello cálmate."*

11. Pero abandonemos a los hombres *suprahistóricos* con su disgusto y su sabiduría. Antes bien, alegrémonos de corazón de nuestra ignorancia y dotémonos, como hombres industriosos que avanzan, como veneradores del proceso, de un buen pasar. Por más que nuestra consideración de lo histórico responda a un mero prejuicio occidental, lo que importa es que logremos avanzar al menos dentro de los límites de estos prejuicios y que no nos





quedemos inmóviles. Con tan sólo aprender, obteniendo cada vez mayor certeza, que la Historia ha de promoverse en favor de la vida, gustosos podremos conceder mayor razón a los hombres *suprahistóricos* que a nosotros; porque de esta manera podremos estar seguros de poseer más vida que ellos y de que nuestra ignorancia finalmente tendrá más futuro que su sabiduría. En pos de erradicar toda duda respecto del sentido de esta contraposición entre la vida y la sabiduría, me serviré de un procedimiento, aprobado desde largo tiempo atrás, para llegar de forma más directa a la formulación algunas hipótesis.

12. Un fenómeno histórico, una vez dilucidado en su totalidad y reducido a un fenómeno del conocimiento, está muerto para quien lo ha comprendido y descubierto así su aberración, su injusticia, la ciega pasión y la oscuridad terrenal de su horizonte y, con ello, su poder histórico. Para aquel que sabe, este poder ha perdido su potencia; quizá no sea así para aquel que vive.

13. La Historia, concebida puramente como una ciencia soberana, sería una especie de conclusión y balance para la humanidad. La instrucción histórica sólo resulta curativa y prometedora cuando

es acompañada de una poderosa y nueva corriente vital, por ejemplo, de una cultura naciente, es decir, sólo en tanto sea dominada y conducida por una fuerza mayor y no domine y conduzca por sí sola.

14. La Historia, en tanto se encuentra al servicio de la vida, está al servicio de un poder no histórico y en ese orden nunca podrá ser, ni debe serlo, una ciencia pura como, por ejemplo, la matemática. Pero la cuestión de hasta qué grado la vida necesita realmente del servicio de la Historia es una de las inquietudes y preocupaciones primordiales que atañen a la salud de un hombre, un pueblo o una cultura. Esto es así porque, a partir de cierto exceso, la vida se deteriora y degenera, tal como, a fin de cuentas, también le ocurre a la misma Historia.

## 2

1. No obstante, el hecho de que la vida necesita de la Historia debe ser comprendido tanto como la afirmación que ha de evidenciarse más adelante y que estipula que un exceso del estudio de la Historia perjudica a la vida. La historiografía está ligada a la vida en tres sentidos: como aquello que es activo y pujante, como aquello que conserva y venera y como aquello que sufre y busca liberación. A esta triple relación le corresponden tres concepciones de la Historia: una monumental, una anticuaria y una crítica.





2. La Historia pertenece, ante todo, al hombre de acción, al poderoso, al que desata una gran lucha y necesita modelos, maestros y confortadores que no halla en su entorno ni en su época. Éste es el caso de Schiller. Nuestro tiempo es tan miserable, decía Goethe, que el poeta no puede encontrar, en la vida humana circundante, las naturalezas humanas que necesita. Polibio, por ejemplo, fijándose en los seres activos, define el estudio de la historia política como la correcta preparación para el gobierno de un Estado y como la mejor maestra que, al recordarnos las desgracias de los demás, nos amonesta a soportar con tenacidad los vaivenes del destino. Quien haya aprendido a reconocer en esto el sentido de la Historia, sufre al ver cómo los curiosos viajeros y meticulosos micrólogos trepan las pirámides de las grandes épocas transcurridas. Donde descubre incentivos

de imitación y mejoramiento, no desea encontrarse con el ocioso que, sediento de distracción o de sensaciones, deambula en estos lugares como entre los tesoros acumulados en una galería de arte.

3. En pos de no desanimarse y no asquearse al toparse con estos ociosos débiles y desesperanzados, entre los que aparentan ser activos cuando en realidad no son más que coetáneos agitados y gesticulantes, el hombre de acción mira hacia atrás e interrumpe su marcha hacia la meta para respirar hondo. Pero su objetivo es alcanzar la felicidad; quizás ni siquiera la suya, sino, a menudo, la de un pueblo o la de la humanidad entera. Huye de la resignación y utiliza la Historia como remedio contra ella. Generalmente, no lo aguarda recompensa alguna, sino la de ocupar un lugar de honor en el templo de la Historia donde podrá convertirse, a su vez, en maestro, consolador y consejero de los que vendrán después. Porque su consigna es: aquello que alguna vez sirvió para ensanchar y llenar del más esbelto sentido el concepto de "hombre" debe persistir eternamente para este propósito. Que los grandes momentos en la lucha de los individuos formen una cadena, que en ellos se unan las cumbres milenarias de la





humanidad, que, para mí, la cima de un momento que hace mucho ha transcurrido sigua viva, luminosa e imperiosa, ésta es la idea fundamental de la fe en la humanidad, tal como queda plasmada en la exigencia de una historia monumental. Pero es precisamente esto, la exigencia de que lo grande sea eterno, lo que enardece la lucha más aterradora. Pues todo lo que vive todavía exclama: ¡no! Lo monumental no debe realizarse. He aquí la consigna opuesta.

4. El acostumbramiento lerdo, aquello que es miserable y bajo y que llena los rincones más remotos del mundo, que humea alrededor de lo grande como una pesada atmósfera terrestre, se arroja al camino que lo grande ha de recorrer para alcanzar la inmortalidad cual un obstáculo engañoso, desviador y sofocante. Pero ¡este camino atraviesa los cerebros humanos!, los cerebros de animales angustiados que cuentan con una vida demasiado corta, que siempre vuelven a enfrentarse a los mismos apremios y que, con esfuerzo, sólo logran retrasar en poco tiempo la desgracia. Es que ellos, sobre todo, quieren una sola cosa: vivir, a cualquier precio. ¿Quién podría sospechar en ellos el acaecimiento de esta embarazosa carrera de antorchas que es la historia monumental y que sólo

permite que perdure lo grande? Y, sin embargo, cada tanto despiertan algunos que, contemplando la grandeza del pasado, se sienten tan animados que la vida humana se les presenta como algo maravilloso y el fruto más bello de esa planta amarga les parece ser la conciencia de que otros han transitado la vida con orgullo y furor, otros con profundidad en sus sentidos y otros con respeto y veneración ante las tradiciones, dejando todos la misma enseñanza de que vive mejor aquel que desdeña la existencia. Allí donde el hombre vulgar toma tan afligidamente en serio ese intervalo de tiempo y lo dota de sus añoranzas, los hombres que estuvieron encaminados hacia la eternidad y la historia monumental supieron elevarse con una carcajada olímpica o, al menos, con una burla sublime y muchas veces descendieron con ironía a la tumba. Al fin y al cabo, ¿qué quedaba para ser enterrado, más allá de aquello que los había oprimido siempre, como la escoria, la inmundicia, la vanidad y animalidad de sus existencias? Ahora no se vería arrojado al olvido sino aquello que anteriormente había sido despreciado. En cambio, vivirá el monograma de su ser intrínseco, una obra, una hazaña, una iluminación extraordinaria o una creación: vivirá, porque el mundo posterior no podrá prescindir de él. Vista





de esta forma transfigurada, la fama es algo más que, como dijo Schopenhauer, el bocado exquisito del amor propio. En efecto, es la creencia en la homogeneidad y continuidad de lo sublime de todos los tiempos, es una protesta contra el cambio de las generaciones, el carácter efímero de las cosas y la inestabilidad.

5. ¿De qué manera puede servir al coetáneo la contemplación monumental del pasado, la consideración de los hechos clásicos y extraordinarios de los tiempos transcurridos?

Por cierto, toma de ello la certeza de que lo grande que fue una vez, en efecto, ha sido posible y, por lo tanto, será posible en el futuro. Su paso adquiere mayor valentía porque ahora está disipada la duda de si estará anhelando lo imposible. Supóngase que alguien crea que no harían falta sino cien hombres productivos, instruidos y activos bajo un nuevo espíritu para acabar con el intelectualismo que hoy está de moda en Alemania, ¡cuán fortificada se vería esa convicción si se percatara de que la cultura del Renacimiento ha sido erguida sobre las espaldas de tal centenar de hombres!

6. Y sin embargo –a fin de aprender de inmediato algo nuevo de este ejemplo– cuán fluctuante e in-

exacta resultaría tal comparación. ¡Cuántos aspectos heterogéneos deben ser soslayados para que tal comparación pueda surtir sus efectos, cuán forzosamente ha de ser encajada la individualidad de lo pasado dentro de una forma general, todas sus asperezas y delineaciones precisas a favor de la concordancia! En el fondo, sólo podría asumirse que aquello que fue posible alguna vez puede reproducirse una segunda vez si los discípulos de Pitágoras tuviesen razón en que los acontecimientos en la tierra se repetirían hasta en lo más diminuto y singular siempre y cuando se hallasen bajo la misma constelación de los cuerpos celestiales. De forma que, si las estrellas adoptasen cierta posición entre sí, un estoico volvería a unirse con un epicúreo para asesinar a César y, bajo otra constelación, Colón siempre volvería a descubrir América. Sólo si el mundo volviese a reiniciar su obra teatral cada vez de nuevo tras finalizarse el quinto acto, si fuese predecible el retorno, en intervalos determinados, de la misma combinación de motivos, del mismo *deus ex machina*, de la misma catástrofe, sólo entonces, el hombre poderoso podrá reclamar para sí la historia monumental con toda su veracidad icónica y, con ello, cada *factum* con su perfecta definición de particularidades y singularidades. Esto probablemente no se dará





hasta que los astrónomos vuelvan a tornarse astrólogos de nuevo. Hasta entonces, la historia monumental no podrá adquirir nunca esa veracidad plena: mientras tanto, siempre unificará, generalizará y equivaldrá lo desigual, siempre atenuará la heterogeneidad de los motivos y móviles para presentar, a costa de la *causa*, como ejemplar de ser imitado, su *effectus* monumental. Debido a su abstracción de las causas, la historia monumental podría describirse, con cierto grado de exageración, como una colección de "efectos en sí" o como una serie de acontecimientos que siempre surtirán los mismos efectos. Lo que se celebra en las fiestas populares, los días de conmemoración religiosa o bélica son, en el fondo, ese "efecto en sí". Es esto lo que quita el sueño a los ansiosos, lo que pende como un amuleto del corazón del emprendedor, no la verdadera conexión histórica de causas y consecuencias que, una vez que fuese reconocida, sólo pondría en evidencia que nunca se produce dos veces un hecho histórico en el juego de dados que se desenvuelve entre el futuro y el azar.

7. Siempre que el alma de la Historia resida en los grandes impulsos que toma de ella el hombre poderoso, cuando el pasado es descrito como algo digno de ser imitado, es decir, como algo imitable

y repetible, corre el peligro de verse distorsionada, embellecida y, por ello, acercada a la poesía de libre imaginación. En efecto, existen épocas que permanecen indefinidas entre el pasado monumental y la ficción mística porque es posible tomar los mismos impulsos de ambos mundos. Puede decirse entonces que, en caso de que la contemplación monumental de la Historia impere sobre las demás perspectivas, más concretamente sobre la anticuaria o crítica, es la propia Historia la que sufre perjuicios: enormes partes de ella se ven destinadas al olvido y al desprecio, desvaneciéndose como un raudal interminable y turbio, mientras que sólo se destacan, como islas, algunos hechos decorados. Las pocas personalidades que permanecen visibles están dotadas de algo innatural y maravilloso, semejante a aquel anca dorada que los discípulos de Pitágoras creían ver en su maestro. La historia monumental engaña por sus analogías: con sus similitudes tentadoras incita al valiente a la osadía y conduce al entusiasmado al fanatismo. Si esta perspectiva histórica se traslada a las manos y las mentes de sagaces egoístas y ambiciosos malhechores, se derrumban imperios, se asesinan príncipes, se enardecen guerras y revoluciones y, por consiguiente, se multiplican una vez más los históricos "efectos en sí", es decir, las consecuen-





cias que carecen de causas correspondientes. Suficiente hasta aquí, para indicar los prejuicios que puede causar la visión monumental de la Historia en los hombres vigorosos y emprendedores, sean éstos buenos o malos. ¡Cuánto más nefasto será su impacto si se sirven y apoderan de ella los frágiles y perezosos!

8. Recurramos al ejemplo más simple y frecuente. Imagínese uno a las naturalezas desprovistas o poco dotadas del sentido artístico, acorazadas y armadas por una historia del arte monumental, ¿contra quién esgrimirán entonces sus armas?

Contra sus enemigos íntimos, contra los espíritus intrínsecamente artísticos, es decir, contra quienes verdaderamente saben servirse de tal perspectiva histórica para la vida y dedican lo aprendido a una práctica sublime. Es a ellos que se les obstruye el camino, se les oscurece la atmósfera, cuando se danza alrededor de un monumento malentendido con idolatría y verdadera devoción como si se quisiera exclamar: ¡mirad, he aquí el arte verdadero y venerable, qué importan aquellos que todavía están por venir y los que anhelan! Aparentemente, este enjambre danzante está en posesión del "buen gusto": porque el ser creativo siempre está en desventaja ante aquel que sólo

mira y nunca pone manos a la obra, de la misma manera que el orador político de salón siempre ha sido más sagaz, más justo y más reflexivo que el gobernante de un Estado. Pero si se pretende trasladar al ámbito del arte el régimen del plebiscito y de la mayoría y arrastrar al artista ante el foro de los inoperantes estéticos para que se defienda, puede uno jurar de antemano que éste será condenado, no pese a, sino justamente porque asimismo sus jueces han proclamado solemnemente el canon del arte monumental, es decir, acorde a lo expuesto, el canon de un arte que a lo largo del tiempo ha surtido un "efecto", mientras que, a su vez, están despojados de la necesidad, la inclinación pura y la autoridad histórica para calificar el arte contemporáneo que, justamente por ello, todavía no es monumental. En cambio, el instinto les revela que el arte puede ser asesinado por el arte: en efecto, lo monumental no ha de surgir de nuevo y para ello se sirven de todo aquello que está provisto de lo monumental desde antaño. Así resulta que son conocedores del arte porque desean acabar con el arte, así es que se presentan como médicos cuando en realidad promueven la elaboración de venenos, es por ello que sensibilizan sus lenguas y su sentido del gusto para jactarse de su fineza y rechazar con inmutabilidad





cuanto alimento artístico se les presente. Ellos no quieren que nazca lo grande y su medio es la afirmación de que lo grande ya existe. En realidad, lo grande que ya existe les atañe tan poco como lo grande que está por nacer: sus vidas lo evidencian. La historia monumental es el disfraz con que el odio contra los coetáneos grandes y poderosos se viste de admiración saturada de lo grande y poderoso del pasado, es el medio con que falazmente invierten el verdadero sentido de su perspectiva histórica. Lo sepan o no, actúan como si su lema fuese: ¡dejad que los muertos entierren a los vivos!

9. Cada una de las tres perspectivas históricas sólo es justificada sobre un determinado fundamento y en un clima específico. En cualquier otro, se transforma en una hierba devastadora. El hombre que aspira a lo grande, si es que necesita del pasado, se apodera de éste por medio de la Historia monumental. Quien, por contrario, anhela permanecer dentro de lo habitual y añejo, cuida del pasado a modo de un historicista anticuario y sólo aquel que está oprimido por un malestar presente, y que desea a toda costa desembarazarse de esa carga, siente necesidad de una historia crítica, es decir, de una Historia que juzga y condena. Muchos males brotan del trasplante indolente de las

hierbas: el crítico sin angustia, el anticuario sin *pietas* [1], el conocedor de lo grande sin aptitud para lo grande, son tales plantas devenidas hierbas malas, extraídas de su suelo materno y, en consecuencia, degeneradas.

## 3

1. La Historia, por lo tanto, pertenece además a quien conserva y venera, a quien contempla con fidelidad y con amor el lugar del que viene y por el que es lo que es. Por medio de esa *pietas*, se muestra agradecido de su existencia. Manteniendo aquello que perdura desde antaño con mano cuidadosa pretende conservar las condiciones en las

[1] El original alemán habla de *Pietät*, que en la versión francesa es traducido literalmente como *piété*, es decir, "piedad". El sentido de la palabra en alemán puede ser "piedad", pero también "respeto" o "tradición". Es por ello que, en esta traducción, se decidió emplear el término latino *pietas* –que conserva la polisemia–, y alternativamente el de "tradiciones", "razón tradicional" o "razón tradicionalista" cuando el contexto así lo amerita, suprimiendo el término "piedad". [N. del T.]





que afloró su existencia para aquellos que lo suceden. Ésta es su manera de servir a la vida. La pertenencia de menaje ancestral causa una transformación del sentido de sí mismo en esas almas porque se ven dominadas por la veneración. Lo pequeño, limitado, podrido y anticuado, obtiene su dignidad propia en la medida en que el espíritu conservador y venerante del hombre anticuario se traslada a estos bártulos y encuentra allí su nido. La historia de su ciudad se convierte en la historia de su propio ser: la muralla, el portal con sus torres, las celebridades populares, las disposiciones municipales y las fiestas tradicionales se le presentan como el diario de su juventud. En ese contexto, se reconoce a sí mismo, hallando allí su fuerza, empeño, estímulo, juicio, su necedad y su travesura.

2. "Aquí se ha vivido bien", se dice a sí mismo, "porque se vive bien y se vivirá bien, dado que somos tenaces y no se nos puede doblegar de la noche a la mañana". Es así como soslaya, mediante ese "somos", la perecedera y singular existencia individual, comprendiéndose a sí mismo como el espíritu de su casa, de su linaje o de su ciudad. Esto lo conduce en ocasiones a saludar, traspasando siglos remotos, oscuros y perturbadores, el espíritu de su pueblo como si fuera el propio. La

sensibilidad para lo remoto, la capacidad de la previsión y de rastrear hasta las huellas más desvaídas, la instintiva interpretación correcta del pasado más glorificado, la inmediata comprensión de los palimpsestos o, más aun, de los polipsestos: he aquí sus dones y virtudes. Provisto de estas facultades, Goethe se encontró ante el monumento de Erwin Steinbach y, en la tormenta de sus emociones, se desgarró la nube histórica que los había separado: fue entonces que Goethe volvió a reconocer la obra alemana, pero como algo nuevo, algo que "obra desde la fuerte y ruda alma alemana". Fue un sentido y un carácter semejante el que guió a los italianos del Renacimiento y despertó en sus poetas el antiguo genio de Italia como la "resonancia maravillosa de una eterna melodía", como dice Jacob Burkhardt. No obstante, la veneración histórico-anticuaria adquiere su mayor valor cuando siembra, sobre las humildes, rudas y hasta miserables condiciones en que vive un individuo o un pueblo, un simple y conmovedor sentimiento de júbilo y de satisfacción. Por ejemplo, fue Niebuhr quien confesó con honesto candor que podría vivir, felizmente y sin extrañar el arte, en el pantano y el brezal, entre paisanos libres, siempre y cuando sean conscientes de su Historia.





3. ¿Qué mayor beneficio puede brindar la Historia al hombre, sino el de vincular hasta los linajes y pueblos menos privilegiados a su tierra y a sus costumbres, tornándolos sedentarios y abstrayéndolos de buscar mejor suerte en el extranjero y de condenarse a rivalizar fervorosamente por ella? A veces, aquello que amarra a esta clase de individuos a tales compañeros, a tal entorno, a tales hábitos laboriosos y a tal austera cresta montañosa puede parecerse a la terquedad o a la incomprensión. Sin embargo, todo aquel que ha conocido las terribles consecuencias que causa la sed aventurera de emigrar, particularmente cuando atañe a un pueblo entero, o quien contempla el estado de un pueblo que, por haber perdido su vínculo histórico, se encuentra enclaustrado en una incesante búsqueda cosmopolita de lo nuevo, puede afirmar que esta incomprensión es de lo más saludable y favorecedora para una comunidad.

El sentimiento opuesto, el placer que une al árbol con sus raíces, la dicha de no sentirse un mero capricho del azar y de la arbitrariedad, sino de saberse heredero, flor y fruto de un pasado propio, aquello que exculpa y hasta justifica la propia existencia: eso es lo que hoy suele definirse con predilección como el verdadero sentido histórico.

4. Sin embargo, no es precisamente éste el estado en que el hombre desenvuelve sus mejores facultades para transformar el pasado en conocimiento puro. Por consiguiente, percibimos aquí algo semejante a lo que habíamos definido respecto de la historia monumental: la propia Historia sufre prejuicios en la medida en que se pone al servicio de la vida y se deja dominar por los instintos vitales. Aplicando cierta libertad de la imaginación: en un caso como el descrito, el árbol, antes que verlas, siente sus raíces, pero esa sensación acerca de la extensión de sus raíces está influenciada por la percepción de la fuerza y la extensión de sus ramas. Puesto que el árbol yerra, al menos en esta estimación de su tamaño, ¡cuán errado debe estar en cuanto a la extensión del bosque que lo rodea, del cual sólo sabe y siente algo en cuanto se ve limitado o liberado por él! El sentido anticuario de una persona, una comunidad urbana o un pueblo, siempre lleva consigo una visión extremadamente limitada. El hombre anticuario soslaya la mayoría de las cosas y lo poco que percibe lo percibe desde demasiado cerca y de manera demasiado aislada. Por no poder medir su entorno, todo le importa lo mismo mientras que a la vez cada fenómeno destacado cobra un importancia sobredimensionada. En este caso, las cosas del pasado no tienen valores y





proporciones que se correspondan entre sí, sino únicamente proporciones y valores en relación al individuo o pueblo anticuario que mira hacia atrás.

5. He aquí un peligro inmediato: al fin y al cabo, todo aquello que en esta visión es reconocido como añejo o propio del pasado simplemente recibe igual valoración, mientras que todo aquello que no demuestra el mismo respeto ante lo antiguo, es decir, todo lo nuevo y lo que está por nacer, se convierte en el blanco del repudio y la enemistad. De esta manera, los mismos helenos toleraron el estilo hierático de sus artes plásticas al lado de las expresiones grandes y libres, y más adelante, no sólo aceptaron las narices puntiagudas y las sonrisas glaciales sino que incluso hicieron de ellas una exquisitez. Cuando el sentido de un pueblo se endurece de tal manera, cuando la Historia sirve a la vida del pasado hasta el punto de momificarla antes de conservarla, el árbol comienza entonces a morirse de un modo innatural, descendiendo de la corona a las raíces hasta que, en la mayoría de los casos, también éstas terminan por perecer. La propia historia anticuaria degenera en el momento en que la frescura de la vida presente deja de animarla y de evocarle inspiración. En ese instante, la *pietas* se deseca y la sabihonda costumbre prescinde

de ella, girando de manera egoísta y autosuficiente en torno a sí misma. Es entonces que se presencia el repugnante espectáculo de una ciega voracidad recolectora, de una infatigable recopilación de todo los vestigios del pasado. El hombre se envuelve de un perfume putrefacto e incluso llega a aplacar sus dones superiores y sus aspiraciones más nobles a causa de su manía anticuaria, su insaciable curiosidad, su verdadera avidez de lo antiguo y su mezquindad. Muchas veces, desciende hasta tal grado que se da por satisfecho con cualquier plato y con júbilo se dispone a ingerir hasta el mismo polvo de las quisquillas bibliográficas.

6. Pero, aun en el caso de que esta degeneración no se produzca, aun en el caso de que la historia anticuaria logre mantenerse en ese fundamento que le es reservado para echar raíces en beneficio de la vida, siempre abundan los peligros, como por ejemplo cuando cobra demasiado poder y sofoca a las demás formas de concebir el pasado. Es que ella sólo entiende de la preservación de la vida, no de su creación. Siempre subestima lo venidero porque, a diferencia de la historia monumental, no posee un instinto adivinador para ello. Es así que la historia anticuaria obstruye la firme decisión por lo nuevo, de esta forma paraliza al





hombre de acción que, como tal, violará siempre y deberá violar toda clase de tradiciones. Ante este trasfondo, el hecho de que una cosa haya envejecido genera la exigencia de que deberá ser inmortal. Si uno toma en consideración todo lo que tal antigüedad –una costumbre ancestral, una creencia religiosa, un privilegio político hereditario– ha acumulado en el transcurso de su existencia, lo cual se plasma en la exuberante *pietas* y veneración que ejercen tanto individuos como generaciones, muestra soberbio y hasta vil el hecho de sustituir tal antigüedad por algo nuevo y contraponer, a tal acumulación numérica de expresiones tradicionales y de veneración lo venidero y lo presente.

7. Aquí se revela con claridad que el hombre, aparte de la contemplación monumental o anticuaria, a menudo necesita de un tercer modo de considerar la Historia, que es el modo *crítico*. Éste también se pone al servicio de la vida. Para poder vivir, ha de tener la fuerza de quebrar y disolver una parte de su pasado: esto lo logra arrastrando ese pasado ante la justicia, con el objetivo de inquirir minuciosamente en él y poder condenarlo finalmente. Todo pasado merece ser condenado, pues tal es la naturaleza de la condición humana: siempre han imperado en ella la violencia y debilidad. No es la justi-

cia la que ejerce su juicio aquí, ni mucho menos es la clemencia la que pronuncia el fallo: es la vida misma, esa potencia oscura e impulsiva, insaciablemente anhelosa de sí misma. Su veredicto es siempre impiadoso, siempre injusto, porque nunca brota de la fuente pura del conocimiento. No obstante, en la mayoría de los casos la sentencia sería idéntica si fuese pronunciada por la misma justicia, "porque todo lo que nace merece perecer; sería mejor entonces, que nada naciese". Hace falta mucha fuerza para vivir y, a la vez, olvidar que vivir y ser injusto es una misma cosa. Fue Lutero quien dijo alguna vez que el mundo debía su existencia a un descuido de Dios; si Dios hubiese pensado en la "artillería pesada", no habría creado el mundo. Hay veces, sin embargo, que esta misma vida que se basa en el olvido exige un aniquilamiento temporal del mismo: esto ocurre siempre que se revela cuán ilegítima es la existencia de las cosas y cuánto merecen perecer, por ejemplo, los privilegios, las castas y las dinastías. Cuando el pasado comienza a ser estudiado desde un punto de vista crítico se desentierran las raíces con un cuchillo y se desdeñan cruelmente las tradiciones.

8. Este proceso es siempre peligroso, especialmente peligroso para la vida misma, y los hombres





y los tiempos que sirven de esta forma a ella, juzgando y aniquilando el pasado, son siempre hombres y tiempos peligrosos y a la vez peligrados. Siendo el resultado de las generaciones que nos precedieron, somos también el resultado de sus aberraciones, pasiones y falacias y hasta de sus delitos. No es posible librarse por completo de esta cadena. A pesar de que condenemos esas aberraciones y nos consideremos librados de ellas, no dejaremos de ser sus herederos. En el mejor de los casos, lograremos establecer un antagonismo entre la naturaleza hereditaria que proviene de nuestros ancestros y nuestro conocimiento. Tal vez logremos entablar asimismo la lucha de una generación nueva y estricta contra aquello que es innato y que ha sido cultivado desde antaño; cultivamos un nuevo hábito, un nuevo instinto, una segunda naturaleza, para que la primera se diseque. He aquí un intento de apoderarse *a posteriori* de un pasado del que se quisiera provenir, refutando así a aquel del que realmente se proviene. Este intento es siempre riesgoso, debido a la dificultad de determinar el límite sano de la negación del pasado y porque las segundas naturalezas suelen ser más débiles que las primeras. Con demasiada frecuencia sucede que aquello que se reconoce como bueno no se lleva a cabo porque

ya se conoce aquello que es mejor, pero sin poder emprenderlo. Pero aquí y allá se ha podido obtener la victoria, y hasta les aguarda un singular consuelo a quienes luchan y se sirven de la historia crítica para vivir: la certeza de que esta primera naturaleza fue una vez una segunda naturaleza y que toda segunda naturaleza triunfante se convierte nuevamente en primera.

## 4

1. Éstos son los servicios que la Historia puede prestar a la vida. Todo individuo, todo pueblo necesita, según sus objetivos, potestades y apremios, cierto conocimiento del pasado, ya sea monumental, anticuario o crítico. Sin embargo, no lo necesita como lo necesita esa bandada de pensadores puros que sólo asisten a la vida desde fuera, o como aquellos individuos ávidos de sabiduría que se contentan con el mero conocimiento y que hallan en su acumulación un objetivo en sí. Por el contrario, los hombres y los pueblos necesitan adquirir el conocimiento de la Historia siempre y únicamente para la vida y, consiguientemente, bajo





el voto y el dominio de la misma. Que es ésta la natural relación de una época, una cultura y un pueblo con su Historia –una relación promovida por el hambre, regulada por el grado de necesidad y delimitada por la fuerza plástica interna–, que el conocimiento del pasado es deseado en toda época para el servicio del futuro y del presente y no para debilitar el presente y desarraigar un futuro pujante: todo eso es tan simple como la verdad misma y, de inmediato, convence incluso a quien no exige previamente una evidencia histórica.

2. Echemos ahora una rápida mirada a nuestro tiempo. Nos asustamos y nos damos a la fuga: ¿Dónde está ahora la claridad, toda esa naturalidad y pureza de dicha relación entre la Historia y la vida? ¡De qué manera más confusa, exorbitada e inquieta se produce la marea ante nuestros ojos! ¿Acaso la culpa la tenemos nosotros, los que contemplamos? ¿O es que la constelación entre la Historia y la vida ha sido modificada por la intromisión de un astro potente y hostil? Que los demás se ocupen de desmentir nuestras observaciones: nosotros diremos lo que creemos estar percibiendo en la actualidad. En efecto, se ha introducido un astro vislumbrante e imperioso entre la vida y la Historia, alterando la anterior conste-

lación: es la ciencia, el afán de transformar la Historia en una disciplina científica. Hoy, la vida ha dejado de dominar exclusivamente el conocimiento histórico y todas las demarcaciones han sido arrasadas, de modo que todo lo que fue alguna vez se precipita ahora sobre el hombre. Las perspectivas han sido desplazadas hacia los tiempos más remotos de la vida, hacia el infinito. No existió generación anterior que haya presenciado un espectáculo tan confuso como el que hoy nos presenta la ciencia del devenir universal: la Historia. Y, por cierto, lo presenta con la peligrosa audacia de su insignia: *fiat veritas pereat vita.*

3. Figurémonos ahora el proceso espiritual que se desencadena dentro del alma del hombre moderno. El conocimiento histórico, proveniente de inagotables fuentes, se adentra de manera incesante, lo incoherente empuja, y la memoria abre todas sus puertas cuanto puede para poder acaparar tal avalancha. La naturaleza se esfuerza al máximo por recibir, coordinar y honrar a estos huéspedes extraños, pero éstos están intrincados en una batalla entre sí y parece ser necesario vencerlos a todos por igual para no verse arrastrado hacia la derrota por esa lucha. El acostumbramiento a esta condición tan desordenada, tormentosa y pujante está convir-





tiéndose paulatinamente en una segunda naturaleza, aunque no hay duda de que ésta es mucho más débil, inestable e insalubre que la primera.

4. Finalmente, el hombre moderno carga con una exuberante cantidad de piedras de conocimiento indigestas que, como dice el cuento, de a ratos comienzan a producir ruidos en el estómago. Este ruido pone al descubierto la característica más propia del hombre moderno: la notable contradicción de un interior al que no corresponde ningún exterior y de un exterior al que no le corresponde interior alguno. Hallamos en esto una contradicción que los pueblos antiguos desconocían. Este conocimiento, que ha sido ingerido sin hambre, en exceso, y que es contrario a las necesidades propias del hombre, ya no actúa como un móvil transformador que empuja hacia el exterior, sino que permanece enclaustrado dentro de un mundo interior caótico que el hombre moderno, con un orgullo asombroso, define como su "interioridad" característica. Al respecto, se dice que se tiene el contenido y que sólo falta la forma correspondiente, pero esta contradicción es del todo inapropiada cuando se trata de algo vivo. Precisamente por estar basada en esta contradicción, nuestra cultura moderna carece de vida, es decir, no es una

cultura real sino un mero saber sobre la cultura, queda delimitada por la idea y la sensación de lo cultural, sin proveer ninguna resolución que se afirme en ello. Por el contrario, aquello que realmente constituye un motivo y que se manifiesta en la superficie como acción, a menudo no es mucho más que una convención indolente, una lamentable imitación o, a veces, una mueca grotesca. Entonces, la sensibilidad descansa en el interior cual una serpiente que acaba de engullir conejos enteros y que, quieta y serena, se expone al sol evitando cualquier movimiento innecesario.

5. El proceso interior ahora resulta ser la esencia misma, es decir, la "cultura" propiamente dicha. Quien la contempla de paso sólo espera que tal cultura no muera de indigestión. Imaginemos, por ejemplo, a un griego al hallarse ante una cultura semejante; estaría tentado a pensar que, para el hombre moderno, el "ser culto" y el "disponer de una cultura histórica" comprenden conceptos tan afines que, siendo expresiones principalmente idénticas, sólo difieren en la cantidad de palabras. Si este griego dijera que se puede ser muy culto y, sin embargo, prescindir de formación histórica, el hombre moderno creería no haber oído bien e, incrédulo, movería la cabeza.





6. Aquel famoso pueblo, proveniente de un pasado no muy remoto, me refiero a los helenos, estuvo aferrado a un sentido *ahistórico* justo en el período en que experimentó el auge de su poder. Si un coetáneo nuestro fuese reenviado por magia a ese mundo, probablemente hallaría poco "cultos" a los helenos, lo cual expondría a la risa general el secreto de la cultura moderna tan cautelosamente guardado: pondría al descubierto que nosotros, los hombres modernos, no poseemos nada propio; tan sólo en cuanto nos rellenamos y desbordamos de épocas, costumbres, artes, filosofías, religiones y conocimientos ajenos, nos convertimos en algo digno de ser considerado, a saber, en enciclopedias caminantes, que es la forma en que probablemente nos consideraría un antiguo griego transportado a nuestros días.

7. Sin embargo, el valor de las enciclopedias se concentra únicamente en el interior de las mismas, en el contenido, no en su presentación exterior, en su encuadernación o cubierta. De este modo, la cultura moderna es especialmente introvertida y parece que el encuadernador ha estampado en el lado externo un título semejante a: *manual de cultura interior para bárbaros exteriores*. Este contraste entre lo interior y lo exterior torna lo externo

aun más salvaje de lo que sería si un pueblo bruto dispusiese desarrollarse exclusivamente según sus crudas y propias necesidades. ¿Qué medio le queda a la naturaleza para dominar aquello que se le encima con tanta fuerza? Solamente el recurso de aceptarlo con la mayor ligereza, para luego erradicarlo y desprenderse de ello rápidamente. De esta condición nace el hábito de no tomar en serio las cosas reales, de esto nace la "personalidad débil", en la cual lo real y lo existente causan sólo una impresión efímera. Se acaba por adoptar una posición de lo más negligente y cómoda ante lo exterior y, en consecuencia, se ensancha aquel peligroso abismo entre contenido y forma, hasta el punto de tornarse insensible ante la barbarie. Eso ocurre cuando la memoria se ve continuamente estimulada por lo nuevo y es alimentada por una corriente de cosas que reclaman ser conocidas para poder ser cuidadosamente encajadas.

8. La cultura de un pueblo, en contraposición a esa barbarie, fue una vez definida, creo que acertadamente, como unidad del estilo artístico en todas las manifestaciones de un pueblo. Esta definición no debe ser comprendida como un antagonismo entre la barbarie y el estilo bello, sino de la





siguiente manera: un pueblo al que se atribuye una cultura debe constituir una unidad viva en cuanto al conjunto de su realidad, en lugar de estar miserablemente dividido entre lo interno y lo externo, entre el contenido y la forma. Quien aspira a construir y promover la cultura de un pueblo debe construir y promover esta unanimidad superior y trabajar en la destrucción del "culturalismo" moderno, favoreciendo así el surgimiento de una cultura verdadera. Para ello, es menester que ose reflexionar acerca de cómo recuperar la salud de un pueblo, perturbada por la historiografía, y que piense en la manera en que ese pueblo pueda redescubrir sus instintos y, con ello, su sinceridad.

9. Éste es el momento de hablar sin desvíos de nosotros, los alemanes contemporáneos, porque estamos más afectados que cualquier otro pueblo por esta debilidad de la personalidad y por el antagonismo entre forma y contenido. Entre nosotros, los alemanes, la forma es considerada generalmente como una convención, como un disfraz y una postura, por lo cual, de no ser odiada, en todo caso no es amada; más exacto sería decir que tenemos un enorme temor ante la palabra "convención" y su significado. Ese temor hizo

que el alemán abandonase la escuela de los franceses: a través de una mayor naturalidad, pretendía tornarse más alemán. Pero en ese "a través" parece estar el error del cálculo. Habiendo escapado de la escuela de la convención, se dejó llevar por el capricho y, en el fondo, terminó imitando de manera insegura, arbitraria e imprudente aquello que antes solía imitar con exactitud y hasta, a veces, con cierto grado de éxito. Comparado con los tiempos anteriores, hoy seguimos viviendo en una descuidada y, por lo demás, incorrecta convención francesa. Así lo demuestra nuestra manera de caminar, de pararnos, de conversar, vestir y habitar. Buscando retornar a la naturaleza, se terminó optando por el relajamiento, la comodidad y el esfuerzo mínimo. Sólo hace falta realizar una excursión a una ciudad alemana, para comprobar que ese convencionalismo, comparado con la peculiaridad nacional de las ciudades extranjeras, aquí únicamente muestra sus aspectos negativos: todo carece de color, está desgastado, copiado con desgano y descuidado. Aquí, cada uno hace lo que se le antoja, pero ese antojo no responde a un deseo poderoso y deliberado, sino a las leyes que, mientras, por un lado, recetan la prisa general, por el otro, pregonan la manía por la comodidad generalizada. Tómese, por ejemplo,





una prenda cualquiera, cuya concepción no requiere un gran ingenio y cuyo diseño no lleva demasiado tiempo, es decir, una prenda a la extranjera, imitada con la mayor negligencia que uno pueda imaginar: de inmediato es considerada entre los alemanes como una contribución a la vestimenta nacional. El sentido de la forma es repudiado hasta con ironía, dado que se asume estar en posesión del contenido: he aquí el famoso pueblo de la interioridad.

10. Pero existe también un famoso peligro en esa interioridad: el contenido mismo, supuestamente invisible desde el exterior, a veces desea espolvorearse. Desde el exterior no se advertiría ni su desaparición ni su anterior existencia. Supongamos que el pueblo alemán esté de lo más alejado de este peligro: aun así, el extranjero no deja de tener cierta razón cuando nos reprocha que nuestro interior es demasiado frágil y desorganizado para surtir un efecto en el entorno y darse una forma concreta. Pese a que nuestra interioridad puede mostrarse, en un grado excepcional, delicadamente sensible, sobria, potente, profunda, buena y, tal vez, hasta más rica que la interioridad de otros pueblos, en su conjunto sigue siendo frágil porque todas estas bellas fibras no forman

un nudo robusto: de manera que el acto visible jamás es un acto total y la revelación de ese interior se agota en la tímida y torpe tentativa de una u otra fibra de fingir la representación del conjunto. Por eso, el alemán no puede ser juzgado por sus acciones y el individuo permanece completamente oculto detrás de toda acción. En cambio, amerita juzgarlo, como es sabido, por sus pensamientos y sentimientos, tales como ahora expresa por medio de sus libros. Es precisamente por estos libros que, hoy más que nunca, se pone en duda la permanencia real de la famosa interioridad en su pequeño y resguardado templo. La idea de que algún día desapareciese, y que sólo quedase, como aspecto distintivo del alemán, esa exterioridad soberbia que es a la vez torpe y humildemente inconsistente, sería terrible. Casi tan terrible como la idea de que la interioridad fuese falseada, pintada y maquillada dentro del templo, viéndose transformada en una comediante o en algo peor. He aquí lo que parece deducir Grillparzer, desde cierta distancia que lo dota de una particular serenidad para la reflexión y desde su experiencia en el campo de la dramaturgia y el teatro: "Nosotros sentimos las cosas de forma abstracta", sostiene, "apenas sabemos cómo se manifiesta la emoción en nuestros





coetáneos; la hacemos saltar a la manera antigua, como hoy ya no se suele hacer. A nosotros, los modernos, nos ha corrompido Shakespeare".

11. Puede ser que se trate de un caso singular que, tal vez, ha sido llevado con demasiada precipitación al plano general. Pero ¡qué terrible sería si tal generalización resultase justificada, si estos casos generales se presentasen con demasiada frecuencia al observador! Qué desesperante sonaría entonces la aseveración de que nosotros, los alemanes, sentimos de forma abstracta y hemos sido corrompidos por la Historia. Sería una aseveración que derrocaría desde sus cimientos la esperanza de una cultura nacional. Esto es así, porque toda esperanza de tales dimensiones surge de la creencia en la autenticidad y en la inmediatez del sentir alemán, de la creencia en una interioridad intacta. ¿Qué ha de creerse o esperarse cuando la fuente de la fe y de la esperanza está enturbiada, cuando la interioridad ha aprendido a dar saltos, a danzar, a maquillarse, a expresarse por medio de la abstracción y del cálculo y a perderse paulatinamente? Y ¿cómo ha de aguantarse el espíritu productivo y magnífico en medio de un pueblo que ya no está seguro de poseer una interioridad íntegra y que está dividido entre aquellos que son cultos y dis-

ponen de una interioridad desfigurada y corrompida y aquellos que son incultos y cuya interioridad se halla inaccesible? ¿Cómo podrá subsistir ese espíritu, si la unidad del sentimiento nacional se ha perdido y si toma conciencia de que este sentimiento es falseado y desdibujado precisamente por aquella parte de la población que se considera culta y reclama para sí el derecho a la expresión del espíritu artístico nacional? Por más que el juicio y el gusto de algunos individuos se haya vuelto más refinado y más sublime, eso no compensa al espíritu productivo, sino que lo castiga, pues lo obliga a dirigirse exclusivamente a los miembros de su secta y lo torna obsoleto para el conjunto de su pueblo. Por ello, hasta es probable que prefiera enterrar nuevamente su tesoro, pues le repudia el hecho de depender del pretencioso patrocinio de una secta, cuando su corazón está lleno de compasión por la totalidad de su pueblo.

12. El instinto del pueblo no viene a su encuentro; será inútil extenderle los brazos con añoranza. ¿Qué opción le queda a este espíritu sino la de dirigir su odio enardecido contra el cautiverio que lo encierra, contra las barreras que ha levantado la presunta cultura de su pueblo, en pos de condenar, al menos como juez, aquello que para él, como ser





viviente y procreador, no significa sino extinción y denigración? Es así que termina cambiando el divino placer de quien crea y ayuda a los demás por la profunda introspección de su destino, y acaba como un solitario hombre del conocimiento, como un sabio saturado. He aquí el espectáculo más doloroso que uno pueda imaginar y, quien lo vea, se sentirá llamado a cumplir con un voto sagrado. Se dirá que hay que actuar para restablecer aquella unidad superior en la naturaleza y en el alma de un pueblo; esa grieta entre lo exterior y lo interior ha de desaparecer necesariamente, a golpes de martillo. ¿Qué medios debe procurar? ¿De qué dispone, más allá de su profundo conocimiento? Exponiéndolo, difundiéndolo, diseminándolo a manos llenas, espera sembrar una necesidad. Y de una imperiosa necesidad surgirá algún día la acción imperiosa. Para no dejar duda alguna de dónde tomo el ejemplo de esta necesidad, de esta exigencia, de esta convicción, debe quedar plasmado de forma explícita mi testimonio de que aspiramos con ardor, antes que a la unificación política de Alemania, a la unidad alemana en el sentido más sublime, a la unidad vital y espiritual de los alemanes tras la aniquilación del antagonismo entre forma y contenido, entre interioridad y convencionalismo.

## 5

1. En cinco aspectos, considero que la sobresaturación histórica de una época puede ser peligrosa y hostil a la vida: tal exceso provoca la oposición entre lo interno y lo externo, tal como ha sido descrito hasta aquí, debilitando así la personalidad; este exceso conduce a que una generación se imagine que posee en mayor medida que otras la más rara de las virtudes, que es la justicia; este exceso perturba los instintos del pueblo, obstaculizando la maduración del individuo tanto como la del colectivo; tal exceso implanta asimismo la creencia, siempre perjudicial, en la vejez de la humanidad, la creencia de ser fruto tardío y epígono a la misma vez; por tal exceso, una época corre el peligro de extender sobre sí misma el estado de ánimo de la ironía y, partiendo de esa base, la todavía más peligrosa actitud del cinismo: es ésa la actitud que conduce una época hacia esa deliberada practicidad egoísta que termina por paralizar y, finalmente, destruir las fuerzas vitales.

2. Volvamos ahora sobre nuestra primera tesis: el hombre moderno sufre de una personalidad debilitada. Tal como el romano de la época de los Césares se terminó apartando de lo romano en cuanto a su relación con el imperio que estaba bajo su dominio, tal como se perdió a sí mismo a causa de las influencias extranjeras y como degeneró en medio del carnaval cosmopolita de dioses, artes y costumbres, así ha de sucederle al hombre moderno que permite que los artesanos historicistas le presenten permanentemente el festival de una exposición universal; se ha convertido en un espectador que, deambulando y disfrutando por doquier, se ha dejado arrastrar a una situación que ni las grandes guerras ni las revoluciones lograrán modificar por más que unos breves instantes. Apenas culminada la guerra, ya se ve vertida cien mil veces al papel impreso para ser presentada como estímulo novedoso a los paladares fatigados de aquellos que están ávidos de Historia. Parece casi imposible hacer que, por más vigorosamente que se toquen las cuerdas, se desprenda de ellas un tono fuerte y pleno: el tono se desvanece de inmediato y en el siguiente momento ya se convierte en un delicado y emergente eco histórico sin ímpetu. Expresándolo en términos morales: ya no lográis sostener lo sublime, vuestras hazañas, antes que truenos crujientes, son meras irrupciones del momento. Por más que llevéis a cabo las cosas más grandes y maravillosas, descenderán, a

pesar de todo, sin canto ni gloria, al Orco. Porque el arte se da a la fuga en el instante en que cubrís vuestros actos con el tapiz de la Historia.

3. En un momento en que de uno se espera que se atenga, con perdurable entusiasmo, a lo incomprensible como expresión de lo sublime, todo aquel que intenta comprender, calcular y acaparar puede ser calificado como sensato, pero sólo en el sentido en que Schiller habla de la sensatez de los razonables: no ven ciertas cosas que hasta un niño ve, no oyen ciertas cosas que hasta un niño oye; estas cosas son, precisamente, las más importantes. Por no entenderlas, su comprensión es más infantil que la del niño y más ingenua que la ingenuidad, a pesar de las inteligentes arruguitas en su rostro de pergamino y a la virtuosa habilidad de sus dedos para desenmarañar lo enmarañado. Esto es: esa persona sensata ha destruido y perdido su instinto y no puede ya, confiando en el "divino animal", soltar las riendas cuando su intelecto tambalea y su camino atraviesa desiertos. De esta forma, el individuo se torna tembloroso e inseguro y ya no logra creer en sí mismo: se hunde en su propio ser, en su interior, lo cual, en este caso, ha de ser comprendido como la acumulación de lo meramente aprendido que no surte un efecto externo,





la aglomeración de una erudición que no logra transformarse en algo vivo. Si se contempla el exterior, se percibe cómo el exorcismo de los instintos ha convertido, a través del estudio de la Historia, en una multitud de abstracciones y sombras a los seres humanos: nadie arriesga mostrarse tal cual es, a cambio de enmascararse y mostrarse como hombre culto, científico, poeta o político. Quien tratase de tocar tales máscaras creyéndolas auténticas antes que un mero juego de marionetas –es que todos ellos fingen ser auténticos– de inmediato encontraría en sus manos nada más que harapos y parches coloridos. Por eso, no hay que dejarse engañar más y gritarles: "¡Quitaos los chalecos o sed lo que queréis parecer!".

4. Quien es auténtico de verdad no debe convertirse en un Quijote, dado que tiene mejores cosas que hacer antes que arremeter contra realidades ficticias. De todas formas, uno ha estar sumamente atento y exclamar un riguroso "¡Alto! ¿Quién va?" y desgarrar las máscaras doquiera que se presenten. Es insólito: uno pensaría que la Historia, ante todo, impulsa al hombre a ser sincero, aun cuando corre el riesgo de delatarse como un tonto honesto. Éste siempre ha sido el efecto de la Historia, pero ¡ya no lo es! La instrucción histórica y el ca-

pote de una burguesía universal hoy imperan lado a lado. Pese a que nunca antes se había hablado tan bulliciosamente de la "libre personalidad", hoy no es posible ver una sola personalidad, ni mucho menos personalidades libres. Lo que, en cambio, se ve con exclusividad, es el hombre universal miedosamente encubierto. El individuo se ha refugiado en su interior, desde fuera ya no se lo ve, aunque caben dudas de si existen causas sin efectos. ¿O es que acaso se necesita una generación de eunucos para custodiar el gran harén universal de la Historia? A éstos les sienta bien la objetividad pura. ¡Hasta parecería que la tarea consiste en vigilar a la Historia para que de ella sólo emerjan siempre más historias, pero jamás un hecho histórico! La intención parece consistir en evitar que la Historia ayude a procrear personalidades "libres", es decir, sinceras consigo mismas, sinceras con los demás, en cuanto a sus palabras y sus acciones. Sin embargo, sólo a través de esta sinceridad se tornará visible la angustia, la íntima miseria del hombre moderno. Sólo entonces será posible que el arte y la religión, a modo de un verdadero rescate, ocupen el lugar del pávido encubrimiento convencionalista y la mascarada, para implantar conjuntamente una cultura que responda a las necesidades genuinas del hombre en lugar de enseñarle, como es el caso de la cultura general contemporánea, a disimularlas y a convertirse así en una mentira ambulante.





5. ¡En qué situaciones innaturales, artificiales y, desde todo punto de vista, indignas, ha de verse encerrada la más verosímil de todas las ciencias, la sincera y desnuda diosa de la filosofía, en una época que padece de la cultura general! En un mundo de forzada uniformidad externa, se ve reducida al monólogo instruido del paseante solitario, a la presa casual del individuo, al secreto cautelosamente ocultado en el cuarto de estudios o la charla inofensiva entre ancianos académicos y niños. Nadie osa atenerse a la verdadera ley de la filosofía. Nadie vive de manera filosófica, conducido por aquella simple y viril lealtad que obligaba a los ancestros, una vez que habían jurado atenerse a la Stoa, a comportarse siempre como un estoico, con indiferencia del lugar y de la actividad del caso. Toda filosofía moderna se torna política y policíaca cuando es fustigada por los gobiernos, las iglesias, las academias, las costumbres y cuando se ve reducida, a causa de la insolencia humana, a un mero reflejo erudito. Se contenta con suspirar: "¡si tan sólo ocurriese!", o con constatar que "érase una vez...". Bajo el dominio de la cultura

historicista, la filosofía es despojada de todo derecho, en tanto pretenda ser algo más que un mero saber delimitado por los confines de una interioridad que no se traduce en acción. Si el hombre moderno tuviese coraje y determinación, si no se encerrase en su interior incluso en su hostilidad, rechazaría la filosofía. No obstante, se contenta con encubrir pudorosamente la desnudez de la misma. Es cierto que se piensa, se escribe, se publica, se habla y se enseña de manera filosófica; hasta este punto, todo parece estar más o menos permitido, pero llevado al plano del mundo de la acción, de aquello que denominamos vida real, ya no parece ser así: aquí sólo se permite una sola cosa y se declara imposible todo lo demás. Tal es el precepto de la cultura histórica, de modo que uno ha de preguntarse: ¿Son hombres todavía o es que son solamente máquinas de pensar, escribir y hablar?

6. Goethe dice de Shakespeare: "Nadie ha despreciado más que él el vestido material, dado que conoce muy bien el vestido interior de los hombres y, en esto, todos son idénticos. Se dice que ha representado de modo extraordinario a los romanos; a mi juicio, no es así: para mí sólo son un puñado de inexorables ingleses, pero hombres al fin y, como hombres de alma, también les sienta bien la





toga romana". Ahora bien, pregunto si nuestros literatos, figuras populares, funcionarios y políticos actuales serían capaces de representar de tal forma a los romanos. Evidentemente, esto sería impensable desde todo punto de vista, dado que no son hombres sino compendios ambulantes empedernidos y, por así decirlo, meras abstracciones concretas. De tener un carácter y un estilo propio, ello está tan profundamente encubierto que no logra salir a la luz del día; de ser hombres, lo son sólo para aquel que "revisa los riñones". Para cualquier otro, son algo distinto: no son hombres, ni dioses, ni animales, sino criaturas de la cultura historicista, pura instrucción, imagen, forma, purgada de un contenido demostrable. Son, desgraciadamente, formas mal concebidas y, por lo demás, uniformes. Que mi tesis sea comprendida y evaluada de la siguiente forma: sólo las personalidades fuertes son capaces de soportar la Historia; los débiles serán arrasados por ella. Esto es así debido a que la Historia confunde el sentimiento y la sensibilidad en los que carecen de la robustez suficiente para medir el pasado por sí mismos.

7. Aquellos que, debido a su profundo temor, no se animan a más e instintivamente acuden a la Historia para consultarle: "¿Qué he de sentir en

esta situación?", se convierten en comediantes y terminan adoptando un papel, cuando no más de uno, lo cual los conduce a que representen mal y superficialmente cada uno de ellos. Paulatinamente, desaparece toda congruencia entre el hombre y su lugar histórico. De tal suerte, vemos cómo prepotentes adolescentes tratan a los romanos como si fueran sus semejantes; excavan y remueven los restos de los poetas helénicos pretendiendo diseccionar sus cuerpos como si fuesen *vilia*, como si se tratase de sus propios despojos literarios. Supongamos que alguien estudie a Demócrito. Siempre asomaría entre mis labios la pregunta: ¿por qué no Heráclito?, ¿o Filón?, ¿o Bacon?, ¿o Descartes?, ¿o cualquier otro? Y, además, ¿por qué debe ser necesariamente un filósofo?, ¿por qué no un poeta o un orador? ¿Por qué ha de ser un griego y no un inglés o un turco? ¿Acaso el pasado no es suficientemente vasto para ofreceros algo que no os haga parecer tan ridículamente arbitrarios? Pero, como hemos dicho anteriormente, estamos frente a una generación de eunucos y, para el eunuco, una mujer es lo mismo que otra y, como simple mujer, como mujer en sí, representa lo eternamente inaccesible: visto así, es indiferente lo que procuráis, siempre y cuando la Historia misma sea preservada con bella "objetividad" por aquellos que, por sí mismos, nunca serían capaces de hacer Historia. Como lo eternamente femenino nunca os elevará, lo hacéis descender hacia vosotros y en vuestro carácter de *neutra* tomáis también a la Historia como algo neutro. Para que nadie crea que de veras comparo a la Historia con el eterno femenino, quiero declarar enfáticamente que la considero, por el contrario, como algo eternamente masculino, aunque, por cierto, a aquellos que están profundamente impregnados por la "cultura histórica", debe resultarles indiferente una cosa o la otra: ellos mismos no son masculinos ni femeninos, ni siquiera *communia*, sino siempre meros *neutra* o, para expresarlo de manera más amena, simple y eternamente objetivos.





8. Cuando las personalidades son extinguidas de la manera en que ha sido expuesto hasta aquí, cuando son llevadas a la eterna negación del sujeto o, como suele decirse, a la *objetividad*, nada puede ya surtir efecto sobre ellas. Por más que se produzca algo bueno o justo, trátese ya de una acción, una obra poética o musical: sin dilación, el hombre culto y vaciado hace caso omiso de tal obra a cambio de interesarse por la historia del autor. Puesto que éste ha creado ya otras obras, debe presentar inmediatamente su anterior trayec-

toria y dirimirse sobre la probable evolución en el futuro. Su obra es comparada con la de otros, es criticada por la elección del tema, diseccionada en cuanto a la forma en que lo trata, es desgarrada y recompuesta soberbiamente y, en su conjunto, reprendida y recortada. Por más extraordinaria que sea una obra, siempre aparece en el lugar esa bandada de historicistas neutrales, dispuestos a juzgar desde lejos al autor. El eco resuena al instante, pero siempre en forma de "crítica", aunque, tan sólo un momento antes, el crítico no había ni soñado con la posibilidad de tal creación. Nunca se produce un verdadero efecto sino siempre y exclusivamente una "crítica" que a su vez, lejos de producir un efecto, sólo recibirá otras críticas. Así, se ha ido estableciendo la convicción de que muchas críticas son un signo de efectividad, mientras que su escasez señala un fracaso. Sin embargo, aun en el caso de que se registre tal efecto "subyacente", todo permanece como antes: durante un tiempo se parlotea acerca de algo nuevo y luego de algo nuevo que lo reemplaza, pero, entretanto, se sigue haciendo lo que siempre se ha hecho. La cultura histórica de nuestros críticos no permite que se produzca un efecto verdadero, es decir, un efecto que incida sobre la vida y la acción. Sobre la tinta más negra enseguida arrojan el papel se-





cante y sobre el dibujo más elaborado aplican sus gruesas pinceladas que se supone deben ser tomadas como correcciones: y, una vez más, todo ha acabado. Pero la pluma crítica jamás deja de trabajar, porque los críticos han perdido el control sobre ella y, lejos de dominarla, son dominados por ella. Es precisamente en esta inmoderación de sus desbordamientos críticos, en esta falta de control sobre sí mismos, en aquello que los romanos llaman *impotentia*, donde se delata la debilidad de la personalidad moderna.

## 6

1. Pero dejemos a un lado esta debilidad. Antes bien, enarbolemos una pregunta, por cierto incómoda, sobre una fortaleza a menudo celebrada por el hombre moderno. Hemos de preguntar si el hombre moderno, alegando su "objetividad" histórica, tiene derecho a jactarse de su fuerza y su justicia ante los hombres de otras épocas. ¿Es cierto que esa objetividad se origina en una intensa necesidad y en el anhelo de justicia? ¿O es que, siendo consecuencia de otras causas, sólo finge ser efecto de tal justicia? ¿O es que acaso nos induce a for-

marnos un prejuicio posiblemente nocivo, por demasiado adulador, respecto de las virtudes del hombre moderno? Sócrates consideraba que el hecho de imaginarse a sí mismo en posesión de una virtud que no se posee es un mal que linda con la locura. Por cierto, tal presunción es más peligrosa que la ilusión contraria de padecer de un defecto o un vicio. Pues, en el caso de la última obsesión, existe la posibilidad de mejorar, pero cuando padecen del mal anteriormente señalado, los hombres y las épocas van de mal en peor cada día, y eso, en este caso particular, significa volverse cada día más injustos.

2. Os digo de veras: nadie tiene mayor derecho a la admiración de nuestra especie que aquel que dispone del impulso de la justicia así como de la potencia para llevarla a cabo. Porque en la justicia se aglutinan y ocultan, como en un océano inexplorable en el que confluyen ríos de todas las direcciones, las virtudes más sublimes y maravillosas. La mano del justo, cuando está facultado para pronunciar una sentencia, no tiembla al sostener la balanza; despiadado consigo mismo, coloca una pesa tras otra, sus ojos no se turban al contemplar el subibaja de los platillos y su voz no se endurece ni se quebranta al pronunciar el veredicto. Si fuera





un frío demonio del conocimiento, emanaría a su alrededor la escalofriante atmósfera de una majestad terrible y sobrehumana que nos inspiraría temor antes que veneración; pero que sea un humano que busca, sin embargo, ascender de la duda indulgente a la certeza rigurosa, de la clemencia paciente al imperativo del "tú debes", de la rara virtud de la generosidad a la más rara de todas, la justicia, que ese humano se parezca paulatinamente a ese demonio sin haber sido jamás otra cosa que un pobre hombre y, ante todo, que, en cada momento, esté sometido a la expiación por ser un humano y por consumirse trágicamente debido a esa virtud inalcanzable: todo ello lo eleva a una altura solitaria como el ejemplo más digno de la especie humana. Es que él añora la verdad, pero no como una fría e inefectiva iluminación, sino, antes bien, como jueza que ordena y castiga; no anhela la verdad como posesión egoísta del individuo, sino como justificación sagrada que le permita ensanchar las delimitaciones de las posesiones egoístas. En una palabra, quiere la verdad a modo del juicio universal y no como la presa capturada y el placer del cazador individual. Sólo en cuanto el hombre verídico tiene la voluntad incondicional de ser justo, existe algo grande en esa búsqueda de la verdad tan indeliberada-

mente glorificada en todas partes, mientras que, ante el ojo más turbio, diversos impulsos que nada tienen que ver con la verdad, tales como la curiosidad, el miedo al aburrimiento, la mala disposición hacia el otro, la envidia y la vanidad, el impulso lúdico, confluyen con aquella aspiración a la verdad que arraiga en la justicia.

3. Por consiguiente, el mundo parece estar poblado de aquellos que "sirven a la verdad". Sin embargo, la virtud de la justicia tan pocas veces está presente, menos es reconocida y, casi siempre, es odiada a muerte, mientras que el cortejo de las virtudes aparentes siempre se ha beneficiado del lujo y los honores. Pocos son los que, de hecho, sirven a la verdad, porque pocos son los que poseen la pura voluntad de ser justos, y menos todavía los que tienen la fuerza para poder serlo. El mero hecho de tener voluntad no es suficiente: los sufrimientos humanos más terribles han sido causados precisamente por un impulso de la justicia purgado de la potestad de juzgar. Por eso, el mayor beneficio del bienestar común reside en el hecho de sembrar, de lo más amplio posible, las semillas del juicio que permite distinguir al fanático del juez y al afán ciego de ser juez de la capacidad consciente para serlo. Pero ¿dónde se hallaría un





medio para sembrar dicho juicio? Los hombres, cuando se les habla de verdad y de justicia, permanecerán tímidamente enclaustrados en la duda de si es un juez o un fanático quien se dirige a ellos. Por eso, hay que perdonarlos por haber escogido siempre con insólita benevolencia a aquellos "servidores de la verdad" que no poseen ni la voluntad ni la fuerza que los faculta para juzgar y que se dedican a buscar el conocimiento "puro e inefectivo" o, para decirlo con claridad, de esbozar una verdad que no conlleva ningún resultado.

4. Existen muchísimas verdades indiferentes, hay problemas cuya evaluación correcta no requiere esfuerzos, ni mucho menos sacrificios. En este ámbito indiferente e intrascendente, un hombre logra convertirse en frío demonio del saber. Y, no obstante, aun cuando en tiempos favorables las cohortes de eruditos e investigadores se transforman en tales demonios, lamentablemente siempre perdura la posibilidad de que tal época carezca de una profunda y rigurosa justicia, es decir, que carezca de la facultad más sublime del llamado impulso de la verdad.

5. Imaginemos ahora a ese virtuoso histórico del presente. ¿Acaso es el hombre más justo de su

tiempo? Por cierto, ha desarrollado en sí tal ternura y tal sensibilidad que nada humano le resulta ajeno. Las épocas y personas más diversas en seguida emanan de las cuerdas de su lira con las notas adecuadas; de esta forma, nuestro virtuoso histórico se ha convertido en un pasivo resonante que, a la vez, transmite sus vibraciones a otros pasivos semejantes hasta que, finalmente, toda la atmósfera de una época está preñada de dichas resonancias que, delicadas y armónicas entre sí, vuelan libremente por el aire. Sin embargo, me consta que sólo se escuchan los armónicos superiores en cada tono fundamental de la Historia. No es posible adivinar lo rudo e imperioso del original en el sutil y agudo tono esférico de estas coplas. Mientras que el tono original suscitaba acciones, apremios, terrores, éste nos arrulla y nos convierte en sibaritas suavizados. Es como si la sinfonía "Heroica" hubiese sido adaptada para dos flautas y dedicada al deleite de fumadores de opio sumergidos en sus sueños. De lo antedicho puede deducirse la postura adoptada por los virtuosos ante la suprema pretensión del hombre moderno: la pretensión de una justicia más pura y elevada; esta virtud nunca es afable, no conoce las palpitaciones excitantes, siendo dura y terrible. En comparación con ella, ¡qué bajo nivel ocupa la magnanimidad en la es-





cala de las virtudes! ¡Esa misma magnanimidad que es la cualidad de unos pocos y destacados historiadores! Son mucho más numerosos aquellos que apenas logran alcanzar la virtud de la tolerancia, ese reconocimiento de la validez de lo innegable, la arbitraria modificación y el retoque moderado y benévolo de las cosas, suponiendo astutamente que el inexperto interpretará como una muestra de la virtud de la justicia el hecho de que el pasado se narre sin agudezas y sin una expresión de odio. Pero sólo la fuerza superior puede juzgar, la debilidad siempre se verá obligada a tolerar, a menos que quiera fingirse fuerte y convertir la justicia del tribunal en comediante.

6. Queda todavía una terrible especie de historiadores: caracteres capaces, rigurosos y honestos que, sin embargo, están provistos de cabezas estrechas. En ellos se encuentra la misma voluntad de ser justos así como el *pathos* de la justicia: pero sus fallos suelen ser falsos, más o menos por las mismas razones por las que son falsos los fallos de los colegios de los jurados ordinarios. ¡Qué poco probable es, entonces, el hallazgo del talento histórico! Ni hablar de los egoístas y partidistas enmascarados que dotan su mal juego de un considerable aire de cierta objetividad. Dejemos a un

lado asimismo a esas personas del todo insensatas que, como historiadores, escriben guiados por la ingenua creencia de que su época tiene razón en todas las opiniones populares y que escribir en concordancia con esa época significa de por sí estar en lo cierto; he aquí una creencia por la que vive toda religión y sobre la cual, cuando de religión se trata, no hay más que hablar. Estos ingenuos historiadores llaman "objetividad" a la medición de las opiniones y actos del pasado en la escala de valores que brindan las opiniones del momento: aquí creen hallar el canon de todas las verdades; su labor consiste en adaptar el pasado a la trivialidad actual. Llaman, en cambio, "subjetiva" a toda historiografía que no tiene por canon estas opiniones populares.

7. ¿Y no es así que aun la acepción más refinada de la palabra "objetividad" encierra siempre también una ilusión? Con esta palabra se denomina un estado en que el historiador observa un acontecimiento así como a todos sus móviles y consecuencias con tal pureza que deja de surtir un efecto sobre el sujeto. Se cree estar ante algo semejante a ese fenómeno estético, ese desprendimiento de todo interés personal con que el pintor, sea en un paisaje tormentoso con relámpagos y truenos o en





un mar agitado, logra contemplar únicamente la imagen esbozada en su propio interior, logrando así la inmersión completa en las cosas. Sin embargo, no es sino una superstición la creencia de que la imagen surgida de una persona con tal disposición suscita y reproduce la esencia empírica de las cosas. ¿O es que acaso, en tales momentos, los objetos se retratan, se calcan y se fotografían, por así decirlo, por sí mismos sobre un soporte puramente pasivo?

8. Esto sería una mitología y, por lo demás, una mitología mal concebida: también significaría soslayar que este momento es el momento de creación más intenso y más autónomo en el interior del artista, un momento de composición de mayor altivez, cuyo resultado será un retrato que consta de una verdad artística, pero no de una verdad histórica. Concebir la Historia de esta manera objetiva es la tácita labor del dramaturgo, lo cual significa pensar todas las cosas relacionadas entre sí y construir un todo a partir de los acontecimientos aislados: siempre con el supuesto de tener que proveer de un plan a las cosas que carecen del él. De esta manera, el hombre teje sus redes sobre el pasado para dominarlo; de tal forma, se manifiesta su instinto artístico, pero no su instinto de verdad y de justicia. La objetividad y el espíritu de justicia no tienen,

entre sí, relación alguna. Sería imaginable una historiografía que, purgada de toda verdad empírica común, pudiera sin embargo aspirar al más alto grado de objetividad. Grillparzer hasta osa explicar: "¿Qué es la Historia sino la forma en que el espíritu humano percibe los acontecimientos que le resultan inescudriñables; la manera de relacionar cosas que sólo Dios sabe si se corresponden; de sustituir lo incomprensible por algo comprensible y de adjudicar sus propios conceptos de finalidad exterior a un todo que sólo conoce una finalidad interior; y luego, su manera de volver a suponer el azar donde actúa un millar de causas pequeñas?

9. "Todo ser humano tiene simultáneamente su necesidad separada, de manera que millones de perspectivas corren paralelas, en líneas curvas y rectas, una al lado de la otra. Entrecruzándose, apoyándose y obstaculizándose mutuamente, avanzan y retroceden, de manera que unas para otras adquieren el carácter de coincidencias, por lo cual resulta imposible demostrar, una vez deducidos los efectos de los fenómenos naturales, la existencia de una causalidad que englobe y trascienda la totalidad de los acontecimientos." ¡Pero es justamente tal causalidad que se pretende sacar a la luz a modo de un resultado demostrable de esa visión "objetiva"





sobre las cosas! He aquí un propósito que, pronunciado por un historiador a manera de un objeto de fe, tan sólo puede adoptar una forma asombrosa. Por cierto, Schiller reconoce con clarividencia el carácter intrínsecamente subjetivo de este supuesto, cuando dice del historiador: "Un fenómeno tras otro se despliega paulatinamente del azar ciego, de la libertad sin leyes, para integrarse, cual un eslabón perfecto, en un todo armónico que, en realidad, sólo existe en su imaginación". Pero ¿qué pensar de la afirmación de tan célebre virtuoso histórico, expresada con tanta fe y con tan artificial levitación entre la tautología y la contradicción: "no es sino el hecho de que todos los actos e impulsos humanos están sujetos al silencioso y con frecuencia soslayado pero potente e irrevocable curso de las cosas"? En una afirmación de esta índole, la verdad enigmática es percibida, antes bien, como una verdad no enigmática; como en la frase del jardinero cortesano de Goethe: "Puede forzarse a la naturaleza, pero nunca se la puede obligar", o como en aquel cartel de un puesto de feria del que habla Swift: "Aquí puede verse el elefante más grande del mundo con excepción de sí mismo". Visto todo ello, ¿qué diferencia se supone que existe entre el accionar y el obrar impulsivos de los humanos y el curso de las cosas?

10. De todas formas, me llama la atención que los historiadores tales como aquel del que acabamos de citar una frase dejan de ser instructivos en el momento en que se vuelven generales y permiten traslucir la oscura sensación de su debilidad. En otras ciencias, las generalidades constituyen lo esencial en tanto contienen las leyes científicas, pero si los enunciados como el que hemos citado anteriormente asumen tener validez como leyes, podría objetarse que el trabajo del historiador fue en vano, dado que la verdad de tales frases, una vez deducido ese residuo oscuro e inescudriñable del que hablábamos, es sobradamente conocida y hasta trivial, pues saltará a la vista de cualquiera en el reducto más limitado de sus propias experiencias. Pero proceder por ello a incomodar a pueblos enteros y dedicar años de estudios laboriosos a este esfuerzo sería como acumular experimento sobre experimento en las ciencias naturales cuando la ley ya podría ser suficientemente probada por el tesoro de los experimentos ya existentes. Según Zöllner, hoy las ciencias naturales padecen, en efecto, de tal insensato exceso de experimentos. Si el valor de un drama residiera únicamente en la idea principal y en su conclusión, el mismo drama no sería otra cosa que un largo, rebuscado y exhaustivo camino hacia su propio objetivo; por ello





espero que la Historia no halle su significado en las ideas generales, como flor y fruto, sino que su valor se desenvuelva en la circunscripción creativa a un tema conocido y hasta común, una melodía de lo cotidiano, para alzarla y elevarla al nivel de un símbolo universal, permitiendo así intuir, en tal tema original, todo un mundo de profundidad, poder y belleza.

11. Esto requiere, ante todo, una gran potencia artística, una levitación creadora, una inmersión apasionada en los datos empíricos y el refinamiento poético de los tipos existentes. Requiere, por cierto, algún grado de objetividad, pero como una cualidad positiva. Sin embargo, con frecuencia la objetividad no es más que una frase. En lugar de la calma interior destellante y exteriormente inmóvil y oscura de la mirada artística, a menudo se instala la afectación de la calma; tal como la carencia de *pathos* y de fuerza moral suele disfrazarse de observación fría y distintiva. En ciertos casos, la banalidad de la convicción, aquella sabiduría vulgar que finge la calma y la sensatez únicamente en respuesta al propio aburrimiento, osa manifestarse en la superficie para hacerse pasar por ese estado artístico en el cual el sujeto permanece tácito y pasa inadvertido por completo. Entonces, se busca todo

lo que no provoque exaltaciones y la palabra más seca siempre es bien recibida. Incluso se llega a suponer que precisamente quien no se interesa en absoluto por un momento del pasado es el indicado para describirlo. Así se comportan a menudo los filólogos respecto de los helenos: éstos no les interesan en lo más mínimo, ¡lo cual también es denominado "objetividad"! Allí donde debería ser expuesto lo más sublime y excepcional es donde resulta más ofensivo ese distanciamiento intencional y ostentativo, ese rebuscado, sobrio y llano arte de motivación, especialmente cuando la vanidad del historiador impulsa a asumir aquella indiferencia que finge objetividad.

12. Por lo demás, tratándose de tales autores, es aconsejable motivar el propio juicio partiendo del principio de que cada hombre tiene tanta vanidad como falta de inteligencia. No, ¡sed, al menos, sinceros! No busquéis la apariencia de la fuerza artística que realmente es digna de ser llamada objetividad; no busquéis la apariencia de la justicia si no estáis consagrados a la terrible vocación de ser justos. ¡Como si la tarea de cada época fuera ejercer la justicia ante todo lo que ha sido alguna vez! Aun más, las épocas y generaciones jamás tienen el derecho de erigirse como jueces por sobre





todas las anteriores épocas y generaciones. Tan sólo a los individuos más excepcionales les compete, a veces, tal incómoda misión. ¿Quién os obliga a juzgar? ¡Además, debéis preguntaros si podéis ser justos aun si quisierais serlo! Como jueces debíais estar por encima de quienes deben ser juzgados, pero vuestra única virtud es la de haber llegado después de ellos. Los últimos invitados que llegan al banquete, con toda razón, reciben los últimos asientos; y vosotros, ¿realmente pretendéis ocupar los primeros? De ser eso lo que queréis, al menos animaos a realizar algo grande y sublime; entonces tal vez se os hará un lugar entre los primeros, aunque seáis los últimos en llegar.

13. Sólo desde la fuerza más sublime del presente debéis interpretar el pasado: sólo con la máxima atención de vuestras cualidades más nobles podréis adivinar aquello que del pasado es grande, digno de ser conocido y preservado. Lo semejante con lo semejante. De lo contrario, bajaréis el pasado hacia vosotros. No creáis en una historiografía que no nace de la mente de los espíritus más distinguidos. Pero siempre podréis reconocer cuál es la calidad de estos espíritus, cuando os percatáis de que necesitan recurrir a una idea universal o vuelven a formular algo que ya es co-

múnmente conocido. El verdadero historiador debe tener la fuerza de transformar en algo inaudito aquello que es consabido y de proclamar lo generalizado, en forma tan simple y profunda que la simplicidad soslaye lo profundo y lo profundo soslaye la simplicidad. Nadie puede ser a la vez un gran historiador, un artista y una mente estrecha. Por otra parte, tampoco hay que despreciar a los trabajadores que acarrean, supervisan y clasifican los materiales de la Historia, por el mero hecho de que ellos no podrán llegar a ser grandes historiadores; todavía menos debe confundírselos con estos últimos. Antes bien, hay que comprenderlos como necesarios colaboradores y obreros al servicio del maestro. Así como, por ejemplo, los franceses, con más ingenuidad de la que sería posible entre los alemanes, solían referirse a los *historiens de M. Thiers*. Estos trabajadores pueden llegar a ser, paulatinamente, grandes científicos, pero no por eso lograrán convertirse en maestros. Un gran científico y una gran mente estrecha sí pueden caber debajo de un mismo sombrero.

14. En fin: sólo el hombre experimentado y superior escribe Historia. Quien no haya vivido algo más grande y elevado que los demás, tampoco podrá extraer algo grande y elevado del conoci-





miento del pasado. La voz del pasado es siempre la voz de un oráculo: sólo en cuanto obréis como arquitectos del futuro y conocedores del presente, seréis capaces de comprenderla. Hoy se suele alegar que la profundidad y extensión del dominio de Delfos residía en que los sacerdotes délficos eran meticulosos conocedores del pasado. Sin embargo, ha llegado el momento de reconocer que sólo aquel que construye el futuro tiene derecho a juzgar el pasado. En la medida en que miréis hacia adelante y que os propongáis una gran meta, lograréis dominar ese exuberante impulso analítico que hoy devasta vuestro presente y os torna completamente imposible toda calma, todo crecimiento y toda maduración serena. Erguid en vuestro rededor el cerco de una esperanza grande y plena, de una ambición prometedora. Formad en vosotros una imagen del futuro y olvidad la creencia supersticiosa de ser meros epígonos. Tenéis suficiente que reflexionar e inventar en cuanto a la vida futura, pero no pidáis a la Historia que os indique el cómo y el con qué. Si, en cambio, incurrís en las vidas de los grandes hombres, de ellas aprenderéis el voto supremo de madurar y escapar del encantamiento paralizante que emana de la educación de nuestra época y que ve su utilidad en abstenerlos de madurar para dominar y explotaros por

ser inmaduros. Y, si recurrís a las biografías, que no sean aquellas cuya portada dice: "El señor tal y su tiempo", sino aquellas que lucen el título: "Un luchador contra su tiempo". Saciad vuestras almas con Plutarco y osad creer en vosotros mismos a través de la creencia en sus héroes. Con un solo centenar de tales individuos, instruidos con un espíritu no moderno, es decir, maduros y acostumbrados a lo heroico, ha de someterse ahora al eterno silencio a toda esa bulliciosa cultura de nuestro tiempo.

## 7

1. El sentido histórico, cuando rige desenfrenadamente y se compromete con sus consecuencias, desarraiga el futuro, pues destruye las ilusiones y despoja el presente de su atmósfera vital. La justicia histórica, aun cuando se practica genuinamente y con la más pura convicción, es una virtud aterradora porque siempre socava y derroca lo vivo: su juicio siempre conlleva una aniquilación. Cuando detrás del impulso histórico no impera un impulso constructivo, cuando no se destruye y





se desescombra para que un futuro, que ya vive en la esperanza, pueda edificarse sobre el suelo despejado, cuando la justicia impera cual un fin propio, el instinto creador se encoge y es despojado de todo coraje. Una religión, por ejemplo, que es destinada a convertirse en saber histórico bajo el régimen de la justicia pura, una religión a la que se pretende conocer a fondo como si se tratase de un objeto científico, finalmente terminará siendo aniquilada. Esto ocurre porque el resumen histórico saca a luz tantos aspectos falsos, rudos, inhumanos, absurdos y violentos que inexorablemente quedará demolida la atmósfera de ilusión piadosa en la que es posible la vida de los que la desean. Sin embargo, sólo en el amor, sólo al resguardo de la ilusión del amor, es decir, sólo en la incondicional creencia en lo perfecto y justo, el hombre es capaz de crear.

2. Obligar a alguien a no amar incondicionalmente es cortarle las raíces de su fuerza: inevitablemente, por verse obligado a abandonar su sinceridad, se disecará. A tales efectos de la Historia se opone el arte. Sólo si la Historia soporta ser transformada en arte, en una obra puramente artística, puede lograr conservar y hasta despertar instintos. Pero una historiografía de tal índole, en efecto, sería

opuesta al carácter analítico y *antiartístico* de nuestra época y sería calificada como una falacia. Una Historia que sólo destruye, sin estar guiada por un intrínseco impulso constructivo, a la larga torna innaturales e insolentes sus instrumentos: es que tales hombres destrozan ilusiones y "quien destruye la ilusión en sí y en los demás será castigado por la naturaleza, que es el más severo de los tiranos". Durante un tiempo, es posible ocuparse de la Historia de forma totalmente inofensiva e ingenua, como si fuera una ocupación a la par de cualquier otra. En particular, la teología parece ocuparse de la Historia con absoluta indolencia y recién ahora quiere reconocer que, al proceder de esta forma, probablemente esté obrando involuntariamente al servicio del *écrasez* de Voltaire. No ha de suponerse que, por ello, surjan nuevos y potentes instintos constructivos, a menos que se pretenda considerar a la pretenciosa Congregación Protestante como el seno maternal de una nueva religión y al jurista Holtzendorf (editor y prologuista de la todavía más pretenciosa Biblia Protestante) como un San Juan a orillas del río Jordán. Es posible que, durante cierto tiempo, la filosofía hegeliana, que todavía humea en algunas viejas cabezas, en algún momento sirva a la propagación de esa indolencia, por ejemplo, mediante el intento de distinguir





la "idea del cristianismo" de sus múltiples e imperfectas "manifestaciones" y de convencerse a sí mismo de que debe ser el propio "amor a la idea" el que conduce a revelar formas cada vez más puras, hasta alcanzar la forma más pura y transparente, que apenas resulta perceptible dentro de la mente del actual *theologus liberalis vulgaris*. Pero cuando estos cristianismos altamente purificados se dirimen sobre los cristianismos impuros del pasado, el oyente no iniciado, a menudo, tiene la impresión de que, en realidad, no se está hablando del cristianismo, sino de... ¿qué hemos de pensar? ¿Qué hemos de pensar cuando el "supremo teólogo del siglo" designa al cristianismo como la religión que permite "comprender, mediante los sentidos, todas las religiones existentes y también algunas meramente imaginables", y cuando dice que la "verdadera iglesia" debería ser "una masa fluida y amoldable, en la cual cada parte se mueva de aquí para allá y en la que todos los elementos se entrelacen pacíficamente entre sí"? Entonces, una vez más, ¿qué hemos de pensar?

3. Lo que puede aprenderse del cristianismo es que, bajo la influencia de un tratamiento historicista, se ha vuelto insolente e innatural y que llegará el momento en que un tratamiento enteramente his-

tórico, es decir, justo, lo disolverá en puro conocimiento acerca del cristianismo y, con ello, lo destruirá. Lo mismo puede estudiarse en todo lo que vive: deja de vivir cuando es completamente seccionado y vive de forma enfermiza en cuanto se lo comienza a seccionar a través del ejercicio histórico. Hay quienes creen en la fuerza curativa, transformadora y reformadora de la música alemana para los alemanes: perciben con indignación y como una injusticia, cometida contra lo más vital de nuestra cultura, que hombres como Mozart y Beethoven sean sofocados por la afluencia erudita de las obras biográficas y se vean forzados, mediante el atormentador sistema de la crítica historicista, a responder a miles de impertinentes preguntas. ¿No es así que aquello que aún no está agotado, en cuanto a sus efectos vitales, se ve prematuramente excluido de la contemporaneidad o al menos paralizado cuando se aplica la curiosidad al sinfín de detalles microscópicos de las biografías y las obras y se buscan problemas cognitivos justamente allí donde se debería aprender a vivir y a olvidar todos los problemas? Transportemos en nuestra imaginación a algunos de estos biógrafos modernos al lugar de nacimiento del cristianismo o de la reforma luterana. Su sobria y pragmática curiosidad hubiera bastado para tornar imposible





toda *actio in distans* espiritual: así es como el animal más ínfimo puede impedir la existencia del roble más robusto, tan sólo devorando la bellota. Todo lo vivo necesita una atmósfera, un aura misteriosa; si se le quita ese medio, si se condena a una religión, a un arte, a un genio a girar por el espacio como un astro sin atmósfera, tampoco hay que sorprenderse de su rápida deshidratación, su endurecimiento y su esterilización. Así ocurre con las grandes cosas que, por cierto, *"no prosperan cuando falta la pizca de ilusión"*, como dice Hans Sachs en *Los maestros cantores*.

4. Pero, asimismo, todo pueblo, todo individuo que quiere madurar necesita estar recubierto por tal ilusión, por esa nube que lo protege y envuelve; sin embargo, hoy se odia el madurar en sí porque se venera más la Historia que la vida. Sí, incluso se asume haber triunfado por haber logrado que "la ciencia domine la vida". Es posible que esto se alcance, pero es igualmente seguro que una vida dominada de tal manera no vale mucho porque es mucho menos vida y promete mucho menos vida para el futuro que aquella que había sido dominada, no tanto por el conocimiento como por los instintos y las ilusiones imperiosas. Es que, en efecto, como antes se ha dicho, no se

pretende forjar la época de las personalidades finalmente maduradas y armoniosas sino, antes bien, la del trabajo colectivo más utilitario. Esto significa únicamente: se pretende adiestrar a los hombres para los objetivos de la época y para que puedan poner manos a la obra lo antes posible; están destinados a trabajar en la fábrica de las utilidades generales antes de estar maduros y, aun más, con este propósito se busca que no maduren jamás, pues esto sería un lujo que restaría una gran cantidad de fuerzas "al mercado de trabajo". Hay algunos pájaros a los que se ciega para que canten mejor: yo no pienso que los hombres de hoy canten mejor que sus ancestros, pero sé que han sido cegados desde muy temprano. En efecto, el medio, el medio atroz que se emplea para cegarlos es una luz demasiado brillante, demasiado repentina, demasiado cambiante. Los jóvenes son empujados, a latigazos, a través de los milenios. Mozos que no saben nada de la guerra, de la gestión diplomática o de la política comercial son considerados dignos de ser introducidos a la historia política. Pero, tal como el joven corre a través de la Historia, así es como nosotros, los hombres modernos, recorremos las galerías de arte, así es como escuchamos conciertos. Es cierto que sentimos que esto suena distinto de aquello, que aquello tiene un efecto diferente de lo otro. Perder progresivamente ese sentimiento de asombro, no sorprenderse ya excesivamente de nada y, finalmente, admitirlo todo con indiferencia: es esto lo que se denomina sentido histórico o instrucción histórica.





5. Digámoslo sin adornar las palabras: la masa de lo afluente irrumpe con tanta potencia, lo sorprendente, lo bárbaro y lo violento irrumpe con tal poder, "en horrendos amasijos", sobre el alma juvenil, que ésta no ve otro remedio que recurrir a la apatía intencional. Donde se hallaba una conciencia más refinada y firme, brota ahora otro sentimiento: la repugnancia. El joven se ha visto desarraigado hasta tal punto que ahora duda de todas las costumbres y de todos los conceptos. Ahora sabe: en cada época las cosas fueron diferentes, poco cuenta lo que uno es. En una melancólica indiferencia deja pasar ante sí una opinión tras otra y comprende la voz y el sentimiento de Hölderlin al leer la obra de Diógenes Laercio sobre la vida y las enseñanzas de los filósofos helénicos: "Aquí he experimentado de nuevo algo que me ha sucedido en varias ocasiones: que el carácter fugaz y cambiante de los sistemas y pensamientos humanos me resulta más trágico que los destinos que generalmente se toman como los verdaderamente

reales". No, tal historicismo desbordante, ensordecedor y violento no es, por cierto, necesario para la juventud, como lo demuestra el ejemplo de los antiguos; y hasta es extremadamente peligroso, como lo demuestra el ejemplo de los modernos. Pero obsérvese ahora al estudiante de Historia, heredero de una indolencia prematura que se manifestaba ya en su temprana adolescencia. Ya ha asimilado y adoptado el "método" de trabajo, la técnica adecuada y el tono soberbio del maestro. Un pequeño y aislado capítulo del pasado pronto se convierte en víctima de su sagacidad y del método aprendido; sí, ya ha producido o, en una expresión más vanidosa, ha "creado"; se ha convertido en servidor de la verdad por sus acciones y en el señor de la historia universal. Puesto que, como adolescente, ya estaba "formado", ahora está *sobreformado*: basta con sacudirlo para que los frutos de su erudición caigan con gran estrépito a nuestras manos; pero esta erudición está podrida y cada manzana lleva un gusano. Creedme: si los hombres están destinados a trabajar y a ser útiles en la fábrica de la ciencia antes de madurar, en poco tiempo la ciencia misma quedará tan devastada como los esclavos que son empleados prematuramente en esa fábrica. Lamento que ya se haya vuelto necesario servirse de la jerga de los





dueños de esclavos y los patrones para describir condiciones que, en principio, deberían estar desprovistas de utilitarismo y de necesidades existenciales, pero, inexorablemente, las palabras "fábrica", "mercado de trabajo", "oferta", "explotación" –en fin, toda la terminología propia del egoísmo– acuden a los labios a la hora de considerar la última generación de eruditos.

6. La sólida mediocridad se vuelve cada vez más mediocre; la ciencia, en un sentido económico, cada vez más utilitaria. Los eruditos más recientes, en realidad, son sabios en un solo punto, pero, en él, son más sabios que todos los hombres del pasado. En los demás puntos sólo son infinitamente distintos –hablando cautelosamente– de todos los eruditos de la vieja escuela. No obstante, reclaman para sí honores y privilegios como si el Estado y la opinión pública estuviesen obligados a aceptar las nuevas monedas al valor de las antiguas. Los obreros han celebrado entre sí un contrato de trabajo y decretado que el genio es prescindible, otorgando así a cada uno la estampa de genio: probablemente una generación posterior, al contemplar sus edificaciones, se percatará de que, lejos de haber sido construidas, han sido meramente acarreadas. A los que incansablemente

promulgan los gritos de batalla y de sacrificio de la modernidad. "¡División del trabajo! ¡En fila!", hay que decirles rotunda y claramente: si pretendéis promover la ciencia con la mayor rapidez posible, la aniquilaréis tan rápidamente como se os muere la gallina que forzáis artificial y apresuradamente a poner huevos. Es cierto que la ciencia ha sido impulsada con una rapidez impresionante durante las últimas décadas, pero contemplad a los eruditos, contemplad a esas gallinas exhaustas. Estos eruditos distan mucho de ser naturalezas "armónicas"; sólo saben cacarear más que nunca, porque ponen huevos con mayor frecuencia: sin embargo, los huevos se han vuelto cada vez más pequeños (aunque los libros sean cada vez más voluminosos).

7. Como último y natural resultado de este proceso surge la "popularización" (junto a la "feminización" e "infantilización") de la ciencia, tan alabada por todos, es decir, la lamentable confección del traje de la ciencia a la medida del cuerpo de un "público mixto", por hablar de una actividad de sastres con un lenguaje de sastrería. Goethe veía en este proceso un abuso y quería que las ciencias no obren sobre el mundo exterior sino a través de una *praxis* superior. Las antiguas generaciones de





eruditos consideraban tal abuso, con buenas razones, pesado y fastidioso. Por razones igualmente buenas, tal abuso resulta fácilmente admisible a los jóvenes eruditos de hoy, dado que, con excepción de algún pequeño reducto del saber, ellos mismos constituyen un público muy mixto y llevan dentro de sí sus necesidades individuales. Con tan sólo ponerse cómodos, rápidamente logran acceder a su pequeño campo de estudios mediante esa mixta y popular necesidad de curiosear. Encima se pretende denominar a este acto de comodidad "modesta condescendencia del erudito hacia su pueblo", cuando, en realidad, el erudito no hizo más que descender a su propio nivel, no en cuanto es erudito sino en cuanto es plebe. Cread en vosotros la idea de un "pueblo": no la podréis pensar suficientemente sublime y elevada. Si tuvieseis una consideración alta del pueblo, también hubierais sido misericordiosos con él y os hubierais abstenido de ofrecerle esa infusión histórica como si fuese un elixir de vida y de deleite. Pero, en el fondo, no lo consideráis, porque no sois capaces de sentir un sincero y profundo respeto por su futuro. Actuáis como pesimistas prácticos, quiero decir, como quienes, guiados por el presentimiento de la derrota, se vuelven indiferentes y negligentes, tanto respecto del bienestar ajeno como del

propio. ¡Con tal que el témpano nos siga soportando! Y si deja de soportarnos, también eso estará bien –ésos son sus sentimientos–, tal es la irónica existencia que viven.

## 8

1. Puede parecer extraño, pero no contradictorio, que atribuya, a una época que suele volcarse de manera tan bulliciosa y despreocupada a la celebración de su cultura histórica, cierta ironía de sí misma que se origina en la convicción difusa de que, en realidad, no hay nada que celebrar, en el temor de que, quizás muy pronto ya, la lujuria del conocimiento histórico pertenecerá al pasado. Un enigma semejante, relativo a personalidades individuales, nos ha presentado Goethe en su notable caracterización de Newton: halla, en el fondo (o, más precisamente, en la altura) de su ser, "la turbia intuición de su injusticia". He aquí la expresión, que se puede observar únicamente en raras ocasiones, de una conciencia juzgadora superior, una conciencia que logra adoptar una perspectiva irónica sobre la naturaleza que, inex-





tirpablemente, reside en él. Es por ello que suele hallarse, entre las personas dotadas de un sentido histórico más amplio y refinado, una conciencia aplacada y hasta volcada hacia el escepticismo general de la incoherencia y la superstición que implica el creer que la educación de un pueblo debe ser tan histórica como hoy; pues, en realidad, los pueblos más vigorosos, y digo vigorosos en cuanto a sus acciones y hazañas, han vivido de otra manera y han educado de otro modo a su juventud. Pero a nosotros –ésa es la objeción de los escépticos– nos sientan bien esa incoherencia y esa superstición. A nosotros, los rezagados, los últimos y pálidos retoños de las generaciones alegres y potentes, nos atañe la profecía de Hesíodo: un día los hombres comenzarán a nacer con los cabellos plateados y Zeus aniquilará la especie humana en cuanto perciba esta señal.

2. La cultura histórica es, por cierto, ese modo innato de contraer canas. Aquellos que llevan en sí este signo desde la infancia están condenados a adoptar la creencia instintiva de la vejez de la humanidad: sin embargo, a esta vejez corresponde ahora una actividad de ancianos que consiste en mirar hacia atrás, resumir lo acaecido, hacer evaluaciones y buscar consuelo en el pasado recu-

rriendo a la memoria; en una palabra: ejercer la cultura histórica. Pero la especie humana es tenaz y perseverante y no quiere que se consideren sus pasos –tanto hacia adelante como hacia atrás– en milenios, ni tampoco en cientos de milenios; es decir, rehúsa que se la observe como un todo desde la perspectiva del átomo infinitamente pequeño que constituye el hombre individual. ¿Qué pueden alegar un par de milenios (o, en otros términos, el plazo de treinta y cuatro vidas humanas consecutivas, calculadas en sesenta años cada una) para justificar que se hable del comienzo de este período como "juventud" y de su culminación como "vejez de la humanidad"? ¿No es así que, antes bien, en esta paralizante creencia en la ancianidad de la humanidad se oculta el malentendido de una concepción cristiano-teológica heredada de la Edad Media, aquella creencia en la proximidad del fin del mundo, en el cercano juicio final que es aguardado con tanta angustia? ¿No hallamos aquí la concepción que hoy se disfraza con el vestido de una necesidad alterada del juicio histórico como si nuestra época, la última de las imaginables, estuviese facultada para emitir un juicio acerca del pasado entero, un juicio que la creencia cristiana no adjudica, de ninguna manera, al hombre, sino al "hijo del hombre"?





3. Antes, ese *memento mori* vociferado tanto a la humanidad como al individuo particular constituía un aguijón tortuoso y también la espiga del saber y de la conciencia medieval. La voz antagónica de los tiempos modernos, el *memento vivere*, aún suena, hablando abiertamente, más bien tímida, no brota de plena garganta y hasta parece estar dotada de cierta falsedad. La humanidad se halla ensillada todavía en el *memento mori*, lo cual se dilata a través de su generalizada necesidad de Historia. A pesar de sus vehementes aleteos, el conocimiento no ha podido librarse de sus amarras para desplegarse hacia el cielo abierto; sigue sujeto a un profundo sentimiento de desesperanza que ha adoptado ese matiz histórico con el que están hoy embarazosamente ensombrecidas las superiores expresiones de la educación y la cultura. Una religión que, de todas las horas de una vida humana, tiene la última por la más importante, que predica el fin de la vida en la tierra y condena a todos los seres vivientes a vivir el quinto acto de la tragedia, probablemente estimule las fuerzas más profundas y sublimes, pero es hostil a toda siembra de lo nuevo, a toda empresa audaz, a toda aspiración libre; rechaza todo vuelo hacia lo desconocido, porque no cree poder hallar allí algo digno de ser amado, ni tampoco esperanza alguna: sólo admite

involuntariamente el apremio del porvenir, para apartarlo o sacrificarlo justo a tiempo como a un seductor de la existencia o a un traidor al verdadero valor de la vida.

4. Lo que hicieron los florentinos cuando, bajo el efecto de las condenas públicas de Savonarola, organizaron aquellos famosos holocaustos sacramentales de cuadros, manuscritos, espejos y caretas, es lo que el cristianismo encierra para todas las culturas que estimulan el progreso y tienen por voto aquel *memento vivere*; y cuando no es posible llegar a ello por vía directa, sin desvíos, es decir, mediante la fuerza del poder, logra su objetivo a través de la alianza con la cultura histórica, a menudo a espaldas de la misma, y, hablando a través de ella, se opone, con encogimiento de hombros, a todo lo venidero, extendiendo sobre él el manto de lo demasiado rezagado y epigónico, en una palabra, de las canas innatas. La amarga y profunda, la seria observación de la invalidez del pasado, de la madurez del mundo para el juicio final, se ha esfumado en la concepción escéptica de que, al fin y al cabo, es bueno conocer todo lo que ha sucedido porque ya es demasiado tarde para hacer algo mejor. Así es como el sentido histórico hace pasivos y retrospectivos a sus súbditos y, casi diría que





sólo en los momentos de olvido, cuando ese sentido es interrumpido por un instante, ocurre que los que están afectados por la fiebre histórica recobran actividad para luego proceder, tan pronto como se ha llevado a cabo una acción, a seccionar la hazaña, a impedir su efecto mediante la observación analítica y a despellejarla para transformarla en "historiografía". En este sentido, vivimos todavía en la Edad Media, la historiografía sigue siendo todavía una teología encubierta: de esta manera la devoción del laico por la casta científica es una devoción heredada del clero. Lo que antes se ofrendaba a la Iglesia hoy se ofrenda, aunque con mayor avaricia, a la ciencia. Sin embargo, la costumbre de ofrendar ha sido inculcada desde antaño por la Iglesia y no es propia del espíritu moderno. Éste, antes bien y como es sabido, suele ser bastante avaro en el reparto de sus buenas cualidades y desdeñoso en el ejercicio de la noble virtud de la generosidad.

5. Probablemente, esta consideración no agrade, o agrade tan poco como la deducción del exceso histórico del *memento mori* medieval y de la desesperanza que el cristianismo lleva en el corazón respecto del porvenir de la existencia terrenal. En ese caso, que alguien sustituya mi explica-

ción, que expongo aquí con cierta cautela, por otras mejores, pues el origen de la cultura histórica –y de su intrínseca y radical contradicción respecto del espíritu del "tiempo nuevo" o de la "conciencia moderna"– requiere a su vez un análisis histórico. La Historia tiene que resolver el problema de sí misma, el conocimiento ha de volver su aguijón contra sí mismo. Este triple deber constituye el imperativo del espíritu del "tiempo nuevo", puesto que halla en él algo realmente nuevo, potente, vital y genuino. O acaso será cierto que nosotros, los alemanes –dejando fuera de este juego a los pueblos latinos– estamos destinados a ser siempre únicamente "descendientes" en todas las cuestiones superiores de la cultura, por la simple razón de no poder ser otra cosa, como lo ha expuesto Wilhelm Wackernagel en una proposición muy considerable: "Nosotros, los alemanes, inexorablemente, somos un pueblo de descendientes; somos, pese a toda superioridad de nuestra ciencia y a nuestras creencias, siempre los meros sucesores del mundo antiguo; incluso aquellos que hostilmente se oponen a esta condición respiran incesantemente a la par del espíritu del cristianismo, el espíritu inmortal de la cultura clásica antigua y, puesto el caso de que alguien eliminara estos dos elementos de la





atmósfera vital que envuelve al interior del hombre, no quedaría mucho para seguir sosteniendo una vida espiritual".

6. Pero, aun si nos contentásemos con esta profesión de ser descendientes de la Antigüedad y nos tranquilizásemos benévolamente con ello, si sólo nos decidiéramos a tomar esta profesión realmente en serio y como algo grande y a reconocer en esta decisión nuestro único y distintivo privilegio: aun así, estaríamos obligados a preguntarnos si nuestro destino debería ser siempre el de discípulos de una Antigüedad en declive. Alguna vez se nos debería permitir fijarnos paulatinamente una meta más alta y más lejana; alguna vez deberíamos obtener el derecho de adjudicarnos la honra de haber vuelto a evocar en nosotros –también mediante nuestra historiografía universal– el espíritu de la civilización romano-alejandrina de modo tan aterrador y magnífico que pudiéramos proceder, como recompensa de mayor nobleza, a proponernos la tarea todavía más desafiante de anteceder al mundo alejandrino, para luego superarlo, y así poder buscar con mirada valiente en el antiguo mundo helénico a nuestros ejemplos de lo natural y de lo humano. Sin embargo, allí encontraremos también la realidad de una cultura esen-

cialmente *ahistórica* y, pese a –o más bien por– ello, indeciblemente más rica y en plenitud vital. Aunque nosotros, los alemanes, no fuésemos más que meros descendientes: considerando tal cultura como una herencia digna de ser adoptada por nosotros, no hallaríamos destino mayor y más honorable que el de ser herederos.

7. Con esto quiero decir única y exclusivamente lo siguiente: que la idea, a menudo vergonzante, de ser epígonos, concebida con grandeza, puede ofrecer, a un individuo tanto como a un pueblo, magníficos efectos y un anhelo de futuro en esperanza; esto es así, en cuanto nos consideremos herederos y descendientes de las potencias clásicas y notables, hallando en ellas nuestro honor y nuestro estímulo. No seamos como los pálidos y atrofiados retoños rezagados de las generaciones imperiosas que llevan la friolenta existencia de anticuarios y sepultureros de las culturas precedentes. Por cierto, tales retoños rezagados viven una existencia irónica: la aniquilación sigue, pisándoles los talones, su rengueante andar por la vida; tiemblan ante ella al alegrarse de lo pasado, pues son memorias vivientes, pero, no obstante, saben que su memoria carece de sentido si no quedan herederos. Así ocurre que los envuelve la





sombría intuición de que su vida carece de un justificativo, porque no habrá vida posterior que la pueda justificar.

8. Pero imaginemos que estos retoños tardíos y anticuarios de repente truequen su dolorosa e irónica modestia contra la impudicia; imaginémoslos proclamando con voz ensordecedora: nuestra especie ha llegado a su apogeo, pues recién ahora ha llegado a conocerse a sí misma y a revelarse en su propia imagen. En este caso, obtendríamos un espectáculo en el cual se revelaría, como en una parábola, el enigmático significado de cierta y muy famosa filosofía de la cultura alemana. Creo que en este siglo no ha habido oscilación o cambio peligroso de la cultura alemana que no se haya tornado más amenazador por la enorme y todavía pujante influencia de dicha filosofía, que es la filosofía hegeliana. Por cierto, es un pensamiento paralizante y fastidioso el creerse retoño de los tiempos; pero debe resultar terrorífico y devastador si, de repente, a causa de una osada inversión de los valores, tal creencia procediera a deificar a este retoño tardío como el verdadero sentido y propósito de todo lo acontecido en el pasado, si su sapiente miseria se identificara con la perfección de la historia universal. Tal concepción ha acos-

tumbrado a los alemanes a hablar del "proceso del mundo" y a justificar su propia época como la consecuencia ineludible del mismo. Esta concepción ha puesto a la Historia, a modo de la única soberana, en el lugar de las demás fuerzas del espíritu, a saber, el arte y la religión, dado que se la ha definido como "el concepto que se realiza a sí mismo", "la dialéctica del espíritu de los pueblos" y "el juicio universal".

9. Burlonamente, esta visión hegeliana de la Historia ha sido denominada el deambular de Dios sobre la tierra, alegando, a su vez, un Dios que es un mero producto de la Historia. Pero ese Dios se tornó transparente y comprensible ante sí dentro de las seseras hegelianas y ya ha ascendido, conducido a través de todos los escalones que la dialéctica ofrece para su devenir, hasta arribar a la revelación de sí mismo. De este modo, para Hegel, la cima y punto final del proceso del mundo hallan su culminación en su propia existencia berlinesa. En realidad, Hegel debería haber dicho también que todo lo que viniese después de él habría de ser considerado como una mera coda musical del rondó de la historia universal o, más aun, como algo prescindible. No lo ha dicho. En cambio, ha implantado, en las generaciones acidi-





ficadas por su filosofía, esa admiración por el "poder de la Historia" que transforma prácticamente todo momento en pura admiración del éxito, conduciendo así a la idolatría de los hechos; un culto para el cual se ha establecido universalmente el modismo, por cierto muy mitológico y por lo demás muy alemán, de "corresponder a los hechos". Pero quien una vez ha aprendido a doblar el lomo y bajar la cabeza ante el "poder de la Historia" terminará asintiendo mecánicamente, a la manera china, ante todo poder, trátese de un gobierno, una opinión pública o el régimen de la mayoría. Acabará moviendo sus miembros a la par del ritmo que este "poder" le marca a través de los hilos. Visto que todo éxito engloba una necesidad sensata, todo acontecimiento una victoria de la lógica y de la Idea, pues entonces ¡a arrodillarse y a descender arrodillados todos los escalones del "éxito"! ¿Qué ocurriría si dejaran de existir las mitologías predominantes? ¿Qué, si las religiones estuviesen en proceso de extinción? Contemplad nomás, la religión del poder histórico, ¡prestad atención a los sacerdotes de la mitología de las ideas y a sus rodillas desgastadas! ¿De hecho, no es así que todas las virtudes se han convertido en el séquito de esta nueva fe? ¿Acaso no es una expresión de altruismo que el hombre histórico se

deje reducir a un espejo objetivo? ¿No es un acto de magnanimidad el de renunciar a todo poder, en el cielo y en la tierra, por adorar, en todo poder, el poder en sí? ¿No es una manifestación de justicia el sostener siempre los platillos de la balanza y observar con templanza cuál de ellos se inclina por ser más poderoso y pesado? ¡Y qué escuela honorable constituye tal contemplación de la Historia! Verlo todo de manera objetiva, no enfurecerse por nada, no amar nada, admitirlo todo, ¡cómo nos torna suaves y amoldables! Y cuando alguna vez alguien que fue educado en esta escuela llega a enfurecerse y a enojarse en público, uno se alegra por ello, porque es consabido que se trata de una expresión meramente artística; es ira y estudio, pero totalmente *sine ira et studio.*

10. ¡Cuán anticuados son los pensamientos que llevo en mi corazón contra tal complejo de mitología y virtud! Pero que sean expresados, pese a la risa de los demás. Diría, entonces, que la Historia enseña siempre: "érase una vez" y trasmite la moral correspondiente: "no debéis" o "no debíais haberlo hecho". De esta manera, la Historia se convierte en un compendio de inmoralidad fáctica. ¡Cuán grave sería el error de aquel que comprendiese a la Historia como la jueza de esta inmoralidad fáctica! Por ejemplo, ofende a la moral el hecho de que un Rafael muriera a los treinta y seis años: un ser así no debería morir. Si queréis socorrer a la Historia como apologistas de los hechos, diríais cosas semejantes a: Rafael expresó todo lo que llevaba dentro; de haber vivido más tiempo, hubiera seguido creando siempre la misma belleza, pero nunca una belleza diferente. De esta manera, os comportáis como abogados del diablo, pues idolatráis el *factum* y el éxito, obviando así que el *factum* siempre es terco y siempre ha tenido más semejanza con un ternero que con un dios. Como apologistas de la Historia, la ignorancia además es vuestro apuntador: tan sólo porque no sabéis en qué consiste una *natura naturans* como la que representa Rafael, no los hace perder la calma oír que ella ha existido una sola vez y que nunca volverá a existir.





11. Recientemente, alguien nos ha querido inculcar que Goethe, a sus ochenta y dos años, había agotado ya sus fuerzas vitales. Pero yo cambiaría con gusto carretas enteras de biografías jóvenes y extraordinariamente modernas por algunos años de este Goethe "agotado", para poder participar en diálogos como aquellos que mantenía con Eckermann y preservarme así de todas las instrucciones

actuales de los legionarios del momento. ¡Cuán pocos son los vivos que tienen derecho a la vida ante tales difuntos! Que los muchos viven y aquellos pocos ya no, no es más que una cruel realidad, un irremediable absurdo, un tosco "esto es así" que se opone a la moral, que dice: "no debiera ser así". Sí, ¡se opone a la moral! Porque, aléguese la virtud que se quiera: de la justicia, la generosidad, el valor, la sabiduría o la compasión del hombre, en todas partes el hombre es virtuoso en cuanto se rebela contra el poder ciego del *factum*, contra la tiranía de lo real y se somete a leyes que no son las leyes de las fluctuaciones históricas. Siempre nada contra la corriente histórica, ya sea por combatir sus propias pasiones, que reflejan la consecutiva estupidez fáctica de su existencia, o por comprometerse a ser sincero cuando la mentira teje sus brillantes redes en torno a él. Si la Historia no fuera más que un "sistema universal de pasión y error", el hombre debería leerla como Goethe aconsejaba que se leyera el *Werther*, como si la Historia exclamara: "¡Sé hombre y no sigas mi ejemplo!". Afortunadamente, la Historia conserva también la memoria de los grandes luchadores contra la Historia, es decir, de los luchadores contra el ciego poder de lo real. Así, se pone a sí misma en la picota por destacar como auténticas





naturalezas históricas precisamente aquellas que poco se interesaron por el "así es", para perseguir con sereno orgullo el "así debe ser". No el llevar a la tumba a su generación, sino el fundar una nueva generación: eso los impulsa incesantemente y, aunque ellos mismos hubiesen nacido como retoños tardíos, existe un modo de vivir que les permite olvidarse de ello. Es por ello que las generaciones venideras no verán en ellos otra cosa que precursores.

## 9

1. ¿Acaso será que nuestro tiempo es un precursor como tal? En efecto, la vehemencia de su sentido histórico es tan grande y se expresa de una manera tan universal y tan ilimitada que al menos las generaciones futuras alabarán su proceridad precursora, si es que tales generaciones futuras, en un sentido cultural, llegaren a existir.

2. Sin embargo, es precisamente en lo concerniente a lo antedicho donde persiste una duda embarazosa. Estrechamente ligada al orgullo del hombre

moderno, encontramos la ironía de sí mismo, la conciencia de estar condenado a vivir en un estado de ánimo historicista y, a la vez, crepuscular, el temor de no poder preservar siquiera el rastro de sus esperanzas y energías juveniles respecto del futuro. Aquí y allá se promueve aun más el cinismo y se insiste en justificar, acorde al canon cínico y con el único fin de preservar la utilidad diaria del hombre moderno, el curso de la Historia y hasta la evolución universal entera: todo tenía que acontecer justo como ocurre ahora y el ser humano no podía llegar a ser diferente de lo que es hoy; contra este voto nadie debe oponerse. Aquellos que no soportan la ironía se refugian en la comodidad de un cinismo semejante; como si fuera poco, la última década les ofrece como regalo una de sus más bellas invenciones, una fórmula redonda, conclusa y apta para esta clase de cinismo: denomina la forma despreocupada de vivir a la usanza de la época "la entrega de la personalidad al proceso del mundo". ¡La personalidad y el proceso del mundo! ¡El proceso del mundo y la personalidad de la pulga terrenal!

3. ¡Si al menos uno no escuchase siempre la hipérbole de todas las hipérboles, la palabra mundo, mundo, mundo, cuando, en realidad, no habría





que hablar sino del hombre, hombre, hombre! ¿Herederos de los griegos y romanos? ¿Herederos del cristianismo? A los cínicos esto no les interesa en absoluto. Pero ¡herederos del proceso del mundo, vanguardia y meta del proceso del mundo! ¡Sentido y solución de todos los enigmas del devenir, expresado en el hombre moderno como el fruto más maduro del árbol de la conciencia! Esto es lo que llamo un alto sentimiento pulsante; por esta estampa se distinguen los precursores de todos los tiempos, aunque sean los últimos en llegar. La concepción de la Historia nunca ha volado tan alto, ni aun en sueños, porque ahora la historia de la humanidad se ha convertido en la mera continuación de la historia de los animales y las plantas; en las máximas profundidades de los mares, el universalista histórico cree encontrar rasgos suyos con forma de un mucílago viviente; contemplando cual un milagro el extraordinario camino que ha recorrido hasta el presente, se le nubla la vista al ver la imagen aun más milagrosa del mismo hombre moderno que ahora ha adquirido la capacidad de contemplar la totalidad de ese camino. Altivo y soberbio, se sitúa en la cima de la pirámide del proceso del mundo y, poniendo allí la pieza final de su conocimiento, parece gritar a la naturaleza

que lo rodea y que afina el oído: "Hemos llegado a la cima, somos la cima, somos la naturaleza llevada a su perfección".

4. Tan soberbio europeo del siglo XIX, ¡tú vuelas! Tu conocimiento no sirve para complementar la naturaleza sino sólo para destruir la tuya. Simplemente compara la altura de tus conocimientos con la insuficiencia de tus posibilidades. Es verdad que, a través de los rayos solares de tu saber, trepas hacia al cielo, pero, a la par, desciendes también hacia el caos. Tu forma de caminar, es decir, de trepar como sapiente, es tu maldición. Para ti, suelo y fundamento se desvanecen en la incertidumbre, en tu vida ya no hay más puntales sino tan sólo telarañas que el manotazo de tu saber vuelve a desgarrar una y otra vez. Pero basta de palabras serias sobre esto, pues es posible decir otras más alegres.

5. El frenético y despreocupado astillar y desmenuzar de todos los fundamentos, su disolución en un devenir que siempre fluye y se bifurca, el incansable desenredar e historiar de todo lo que ha sucedido por parte del hombre moderno, aquella gran araña de jardín que se sitúa en el centro de la red cósmica; todo esto puede ocupar e inquietar





al moralista, al artista, al devoto y, por supuesto, también al hombre de la política. Sin embargo, en lo que respecta a nosotros, divirtámonos mirando todo aquello como a través del brillante espejo mágico de un parodista filosófico, en cuya cabeza el tiempo, con claridad y "hasta con vileza" (para hablar a la manera de Goethe), ha tomado conciencia irónica de sí mismo. Hegel nos ha enseñado que, "cuando el espíritu da un salto, los filósofos también lo damos". Nuestra época ha dado un salto hacia la ironía de sí misma y, ¡véase!, ahí se nos presenta E. von Hartmann, habiendo escrito su famosa filosofía del inconsciente o, para decirlo con mayor claridad, su filosofía de la ironía inconsciente. Rara vez se ha leído una invención más divertida y una bufonada más filosófica que la de Hartmann. Quien, a través de su pensamiento, no queda ilustrado, hasta ordenado en su interior acerca del tema del devenir, está verdaderamente listo para el "haber sido". El comienzo y la finalidad del proceso del mundo, desde el primer asombro de la conciencia hasta el golpe que la catapulta hacia atrás y a la nada, la precisa definición de la tarea que compete a nuestra generación en tal proceso del mundo: todo esto es ilustrado con el gracioso e ingenioso barniz de la inspiración y alumbrado con una luz apocalíptica; todo

esto es imitado de modo tan engañoso y presentado con tan conservadora seriedad que hasta parece tratarse de filosofía seria y no de filosofía humorística. Este conjunto convierte a su creador en uno de los primeros parodistas de todos los tiempos; sacrifiquémosle, entonces, en su altar, sacrifiquémosle, a este inventor de una verdadera medicina universal, un rizo de pelo, para remitirnos a una de esas expresiones de admiración esbozadas por Schleiermacher. ¿Qué medicina podría ser más efectiva contra el exceso de cultura histórica que la parodia que Hartmann nos presenta acerca de la historia universal?

6. En pos de expresar sobriamente lo que Hartmann proclama desde el trípode humeante de la ironía inconsciente, habría que decir: nos proclama que nuestra época debe ser tal cual es para que la humanidad se harte algún día de la misma. Eso lo queremos creer de todo corazón. Esa aterradora osificación de nuestra época, ese intranquilo castañear de los huesos que David Strauss nos ha descrito ingenuamente como hermosísima realidad, es justificada por Hartmann no sólo desde el pasado, *ex causis efficientibus,* sino también desde la perspectiva del futuro, *ex causa finalis.* El muy atrevido proyecta luz sobre nuestro tiempo desde el





día del juicio final, haciéndonos ver entonces que nuestro tiempo es muy bueno, especialmente para aquél que quiere sufrir cuanto sea posible la indigestabilidad de la vida y no puede esperar a que llegue el juicio final. Hartmann llama "edad viril" a la época a la cual la humanidad se está acercando ahora. Sin embargo, según su descripción, es éste el estado feliz en que predomina una "sólida mediocridad" y en que el arte se convierte en algo semejante "a la farsa de la tarde que presencia el agente de bolsa berlinés". En consecuencia, se atiene entonces a la condición de que "los genios ya no son una necesidad de la época, porque eso sería lo mismo que echar perlas a los cerdos y también porque la época ha superado ya la fase en que se precisaban genios, para encaminarse a algo más importante", es decir, a ese estadio de la evolución social en el que cada trabajador "con un horario laboral que le deja suficiente tiempo de ocio para su formación intelectual tendrá un pasar confortable". Atrevido de los atrevidos, expresas los anhelos de la humanidad contemporánea, pero conoces también el fantasma que despertará al cabo de esa edad viril de la humanidad, que es aquella formación intelectual hacia la sólida mediocridad: la repugnancia. Sin duda, nuestra situación es del todo lamentable, pero el futuro será más lamenta-

ble aun: "de manera ostensible, el anticristo se está abriendo paso paulatinamente"; pero esto debe ser así, debe suceder así, pues de ese modo estamos encaminados en el mejor camino hacia la repugnancia contra lo existente. "Entonces, adelante, con paso firme, a través del proceso del mundo, como trabajadores en la viña del Señor, pues sólo el proceso nos conducirá a la redención."

7. ¡La viña del Señor! ¡El proceso! ¡A la redención! ¿Quién no escucha aquí esa cultura histórica que sólo conoce la palabra "devenir", esa cultura que se enmascara deliberadamente a modo de una parodia deforme que, detrás de esa máscara grotesca, dice sobre sí misma las cosas más maliciosas? Porque ¿qué es lo que pide, al final de cuentas, este último y penetrante llamado a los trabajadores de la viña? ¿En qué tarea deben proceder con paso firme? O, para preguntarlo de otra manera, ¿qué le queda por hacer al hombre de la cultura histórica, al moderno fanático del proceso que nada y se ahoga en el río del devenir, para poder cosechar esa exquisita uva de la viña que es la repugnancia? No tiene más que continuar viviendo como ha vivido, continuar amando lo que ha amado, continuar odiando lo que ha odiado y continuar leyendo el periódico que siempre ha leído; para él, sólo





existe un pecado: vivir de un modo diferente del que hasta ahora ha vivido. Pero la forma en que ha vivido nos muestra, con la impresionante claridad de los petroglifos, aquella página famosa con sus frases impresas en letra grande que ha causado un éxtasis ciego y una rabia fervorosa en toda la fermentación cultural contemporánea, porque en esas frases creía haber hallado su propia justificación, una justificación alumbrada con luz apocalíptica. Porque, de cada individuo, el inconsciente paródico exigía "la entrega completa de la personalidad al proceso del mundo y a su objetivo, que es la redención del mundo". O, diciéndolo con aun mayor transparencia y claridad, "el sí a la vida es proclamado como la única opción válida del momento, dado que sólo en la entrega total a la vida y a sus padecimientos, no en la cobarde renuncia personal y en el aislamiento, reside el apoyo al proceso del mundo"; "la aspiración hacia una negación de la voluntad propia es tan insensata e inútil, o incluso más insensata que el suicidio". "El lector pensante comprenderá, sin más alusiones, cómo estaría esbozada una filosofía práctica fundada en estos principios y que tal filosofía no puede significar un desvío de la vida, sino una plena reconciliación con ella."

8. El lector pensante comprenderá, pero ¡fue posible malinterpretar a Hartmann! Y ¡qué indeciblemente divertido es percatarse de que ha sido malinterpretado! ¿Será que los alemanes modernos se han vuelto, de repente, más sutiles? Un robusto inglés encuentra que carecen de *delicacy of perception* y hasta osa decir que "*in the german mind there does seem to be something splay, something blunt-edged, unhandy and infelicitous*". ¿Acaso tendrá algo que objetar el gran parodista alemán? Es cierto que, según sus explicaciones, nos estamos acercando a "aquel estado ideal en que la especie humana construye su Historia con conciencia"; pero ostensiblemente, estamos todavía muy lejos del estado, quizás aun más ideal, en que la humanidad lee con conciencia el libro de Hartmann. Cuando esto ocurra, nadie dejará escapar entre sus labios la expresión "proceso del mundo" sin esbozar una sonrisa, pues recordará el tiempo en que se escuchaba, absorbía, objetaba, veneraba, difundía y canonizaba el paródico Evangelio de Hartmann con toda la moralidad de aquella *German mind* y hasta con "la seriedad grotesca de la lechuza", como dice Goethe. Pero el mundo debe seguir adelante, ese estado ideal no se puede alcanzar meramente soñando, es preciso luchar por él y conquistarlo, y sólo a través de la alegría se encontrará el camino que lleva





a la redención, a la salvación de la falaz seriedad de la lechuza. Llegará el tiempo en que la humanidad desistirá, en una sabia decisión, de remitirse a construcciones tales como la del proceso universal o de la historia de la humanidad, un tiempo en que no se considerarán únicamente las masas, sino también los individuos, que tienden una especie de puente por encima de la bramante corriente del devenir. Esos individuos no prolongan un proceso sino que viven en una contemporaneidad atemporal, gracias a la Historia que permite esta constelación; viven como en la república de genios de Schopenhauer. Un gigante llama a otro a través de los desolados intervalos del tiempo y así el sublime diálogo de los espíritus continúa, sin verse perturbado por el pretencioso murmullo de los enanos que se arrastran en lo bajo. El voto de la Historia es ser la mediadora entre ellos, proveerles las fuerzas necesarias y así incitar, una y otra vez, a la creación de lo grande. No, no es posible hallar el objetivo de la humanidad en su final, sino únicamente en sus ejemplares más destacados.

9. Contra ello, nuestro personaje divertido, dotado de esa admirable dialéctica que es tan poco verosímil como son admirables sus admiradores, diría: "tan poco como sería compatible con el con-

cepto de la evolución el atribuir una duración infinita en el pasado al proceso del mundo, puesto que toda evolución imaginable, entonces, debería haber transcurrido hasta el momento y, por cierto, éste no es el caso" (¡oh, he aquí el burlón!), tan poco podemos atribuir al proceso del mundo una duración infinita en el futuro, dado que ambos supuestos se contrarrestarían y harían obsoleta la idea de una evolución hacia un mismo fin (¡oh, nuevamente el burlón!), lo cual situaría el proceso del mundo a la par del abastecimiento de agua por parte de las Danaides. Pero la victoria irrevocable de lo lógico sobre lo ilógico (¡oh, burlón de burlones!) "debe coincidir con el fin temporal del proceso del mundo, es decir, en el juicio final". No, espíritu claro y burlón, mientras lo ilógico prevalezca como hoy, mientras todavía se pueda hablar, por ejemplo, como tú lo haces, del "proceso del mundo" con asentimiento general, el día del juicio está muy lejos: aún prevalecen muchas cosas alegres en la tierra, florecen muchas ilusiones, por ejemplo las ilusiones de tus contemporáneos sobre ti, todavía no estamos maduros para ser catapultados hacia atrás, hacia tu nada; es que creemos que, en adelante, será todavía más divertido aquí, una vez que se haya comenzado a comprenderte a ti, ser inconsciente incomprendido.





10. Pero si, a pesar de todo, la repugnancia aviniese con poder, como tú has profetizado a tus lectores, si tus descripciones de tu presente y futuro resultan ser acertadas –y nadie ha despreciado tanto a ambos, nadie los ha despreciado tanto, con tanta repugnancia, como tú–, en ese caso estaré benévolamente dispuesto a votar con la mayoría, en la forma que tú propones, que al atardecer del próximo sábado, exactamente a las doce, tu mundo se derrumbe; y nuestro decreto podría concluir: a partir de mañana, el tiempo y los periódicos quedarán suspendidos. Pero quizás no se produzca efecto alguno y habremos decretado en vano; bien, en ese caso, nos queda todavía tiempo para realizar un bello experimento. Tomaremos una balanza y pondremos en un platillo el inconsciente y, en el otro, el proceso del mundo de Hartmann. Hay quienes creen que ambos platillos pesarán lo mismo, dado que, en cada uno de los platillos habría una palabra tan mala y una broma tan buena como en el otro. Una vez que se haya comprendido la broma de Hartmann, nadie tendrá necesidad de emplear el modismo "proceso del mundo" sino en broma. En efecto, desde hace rato ha llegado la hora de arremeter, con el ejército de la malicia satírica, contra los excesos del sentido histórico, contra el gusto exuberante por los pro-

cesos a costa del ser y de la vida, contra el desplazamiento delirante de todas las perspectivas; y debe reiterarse, en elogio del autor de la Filosofía del inconsciente, que fue él quien, antes que nadie, sintió agudamente lo ridículo de la noción del "proceso del mundo" y quien ha logrado, a través de la notable seriedad de sus exposiciones, que los demás lo sientan con aun mayor agudeza.

11. De momento, no debe interesarnos cuál es la finalidad del "mundo" ni de la "humanidad", a no ser que pretendamos hacernos una broma a nosotros mismos: es que la presunción de la ínfima oruga humana, por cierto, es lo más ridículo y divertido que existe en los escenarios del mundo. Pero, eso sí, cuestiónate la finalidad de tu existencia como individuo y, si no hallas quién te pueda contestar, intenta justificar tu existencia *a posteriori*, proponiéndote un objetivo, una meta, una "finalidad", un alto y noble "por ello". Así sea que sucumbas en esa empresa: yo no conozco mejor precepto en la vida que sucumbir en la pretensión de lo grande y lo imposible, *animae magnae prodigus*. Si, por el contrario, las doctrinas del devenir soberano, de la fluidez de los conceptos, tipos y especies, de la carencia de toda diferencia cardinal entre el hombre y el animal –doctrinas que tengo





por verdaderas, pero letales–, continúan siendo lanzadas al pueblo, a causa del actual delirio por la instrucción, durante una generación más, nadie deberá asombrarse si ese pueblo sucumbe por los egoísmos bajos y miserables, por la osificación y el egocentrismo, por derrumbarse luego de dejar de ser pueblo: esto ocurrirá cuando aparezcan, en el escenario del futuro, sistemas de egoísmos particulares, fraternidades con el fin de explotar a los que no son hermanos y semejantes creaciones de la vulgaridad utilitarista. Continúese pues, en pos de despejar el camino a estas creaciones, escribiendo la Historia desde el punto de vista de las masas y buscando en ellas las leyes que puedan deducirse de las necesidades de las masas, es decir, de las leyes, que remueven los estratos bajos, el barro y la arcilla de la sociedad. En mi visión, las masas sólo son dignas de atención en tres sentidos: como copias borrosas de los grandes hombres, hechas en papel malo y con planchas de impresión gastadas; como núcleos de la resistencia contra los grandes y, por último, como instrumentos de los grandes. En todo lo demás, ¡que a las masas se las lleve el diablo y la estadística! ¿Cómo se entiende eso de que la estadística demuestra la existencia de las leyes históricas? ¿Leyes? Lo cierto es que demuestra cuán vulgar y repugnantemente uni-

forme es la masa: ¿acaso deben tomarse por leyes los efectos de esa fuerza de gravedad que son la estupidez, la imitación, el amor y el hambre? De acuerdo, lo admitimos, pero entonces habrá que admitir también que, si bien existen leyes en la Historia, ni las leyes ni la Historia tienen valor alguno. Pero, hoy en día, suele propagarse esa clase de historiografía que considera los grandes impulsos de las masas como un importante y hasta principal aspecto histórico, mientras que a todos los grandes hombres los contempla meramente como la expresión más clara de las masas, semejante a la espuma que puede verse sobre las corrientes de agua.

12. Así se supone que, de lo profundo de la masa, nacerá lo grande y, de lo profundo del caos, el orden: y, al final de cuentas, desde luego se entonará el himno a la masa fecunda. Como "grande", se califica todo aquello que durante un plazo determinado ha movido a las masas, por lo cual se lo denomina también "fuerza histórica". Pero ¿acaso esto no significa confundir con bastante intencionalidad la cantidad con la cualidad? Recién cuando la tosca masa toma por adecuada una idea, por ejemplo una idea religiosa, cuando la ha defendido con perseverancia y la ha arrastrado a lo largo de los siglos, recién entonces, el inventor y fundador





de esta idea es considerado grande. ¿A qué se debe esto? Lo más sublime y elevado no tiene un efecto sobre las masas: el éxito histórico del cristianismo, su histórica fuerza, resistencia y duración, todo esto, afortunadamente, no prueba nada respecto de la grandeza de su fundador, dado que, en el fondo, esa prueba se volvería contra él. Pero, entre él y ese éxito histórico existe una capa muy terrenal y oscura de pasión, de equívoco, de anhelo de poder y honor, de la fuerza persistente del *imperium romanum*. Ésta es la capa de la cual el cristianismo ha adquirido su sabor y su parcela terrenal y, con ello, su continuidad y durabilidad en el mundo. La grandeza no debe depender del éxito: Demóstenes tuvo grandeza aunque no alcanzara el éxito.

13. Los adeptos más puros y auténticos del cristianismo, antes que fomentar el éxito terrenal del mismo, siempre se han inclinado a cuestionar y obstaculizar su llamada "fuerza histórica"; es que solían situarse al margen del "mundo", sin preocuparse por el "proceso de la idea cristiana", por lo cual, en su mayoría, hoy son ignorados y no aparecen mencionados por la historiografía. Para expresarlo de manera cristiana: el diablo reina en el mundo y es el amo del éxito y del progreso; de

todos los poderes históricos, él es el verdadero poder. En lo esencial, esto seguirá siendo así, por más que suene incómodo a los oídos de una época habituada a deificar el éxito y el poder histórico y que, recientemente, se ha empeñado en dar nombres nuevos a las cosas y hasta en rebautizar al diablo. Ciertamente, ha llegado la hora de un gran peligro: los hombres parecen estar inclinados a descubrir que el egoísmo del individuo, de los grupos o de las masas ha sido, en todas las épocas, la palanca de los movimientos históricos. Sin embargo, al mismo tiempo, no parecen inquietarse por este descubrimiento y, al contrario, se decreta: el egoísmo debe ser nuestro dios. Con esta nueva fe se disponen, con ostensible intencionalidad, a erguir la futura Historia sobre el egoísmo: sólo debe ser un egoísmo inteligente, un egoísmo que se imponga algunas restricciones para poder instalarse de manera perdurable, un egoísmo que estudie la Historia precisamente para aprender a reconocer el egoísmo no inteligente.

14. Por medio de este estudio se ha aprendido que al Estado le compete una misión muy específica en el proceso del establecimiento de un sistema universal basado en el egoísmo: el Estado debe convertirse en el patrón de todos los egoísmos inteligentes para protegerlos, con su fuerza militar y policial, contra las irrupciones del egoísmo no inteligente. Con el mismo objetivo, la Historia –presentada como la historia del animal y del hombre– es mezclada cuidadosamente con la masa popular y la clase obrera, tan peligrosas por ser poco instruidas, pues es sabido que un pequeño grano de instrucción histórica es capaz de romper los instintos y los apetitos rudos y brutos o, al menos, de canalizarlos en un egoísmo compatible. En suma, el hombre piensa hoy, como afirma E. Hartmann, "en instalarse –prácticamente para permanecer de un modo confortable– en su patria terrenal y mirar prudentemente hacia el futuro". El mismo autor llama "edad viril" a ese período de la humanidad, burlándose así de lo que hoy llamamos "hombre", como si éste no fuera más que un mero egoísta desilusionado. De la misma manera, profetiza la existencia de una ancianidad correspondiente a esa edad viril, pero, evidentemente, procura burlarse de nuevo de nuestros ancianos actuales: habla del modo maduro de contemplar, con el que "hacen una sinopsis de los sufrimientos que han atravesado revoltosamente sus biografías y comprenden la vanidad de todo aquello que habían creído sus objetivos y aspiraciones". No, a una edad viril que está dotada de ese egoísmo astuto e históri-

camente cultivado corresponde una ancianidad que se aferra a la vida con repugnante avidez y purgada de dignidad y, en seguida, adviene el último acto con en el que "concluye la Historia, tan asombrosamente cambiante, como una segunda infancia, un olvido total, sin ojos, sin dientes, sin sabor y sin nada".

15. Ya sea que los peligros para nuestra vida y nuestra cultura devengan de estos ancianos rudos, carentes de sabor y desdentados, ya sea que deriven de los llamados "hombres" de Hartmann: frente a ambos, nos aferraremos, con nuestros dientes, a los derechos de nuestra juventud y no nos cansaremos de defender, con nuestra juventud, el futuro contra esos iconoclastas del porvenir. Sin embargo, en esta lucha, hemos de hacer una constatación sobradamente dolorosa: los excesos del sentido histórico de los que padece el presente son promovidos, fomentados y utilizados de manera intencional.

16. Pero estos excesos históricos son utilizados contra la juventud para dirigirla hacia esa virilidad del egoísmo tan propagada, se emplean para quebrar la natural aversión de la juventud mediante una dilucidación perturbadora, es decir,





científico-mágica, de ese egoísmo viril que es, a la vez, viril y no-viril. Es sabido de qué es capaz la Historia cuando está dotada de cierto sobrepeso, es más que sabido: logra desarraigar los instintos más fuertes de la juventud, su ardor, su rebeldía, el olvido de sí mismo y su amor, aplacar el calor de su sentido de justicia, suprimir o sustituir el deseo de madurar lentamente con el deseo opuesto de formarse rápido y tornarse útil y productivo cuanto antes, corromper la sinceridad y la audacia de sus sentidos mediante la siembra de la duda; es cierto que la Historia es capaz de despojar a la juventud de su más bello privilegio, que es el de implantar su fe desbordante en una gran idea y hacerla crecer desde adentro hasta convertirla en una idea aun más grande. Cierto exceso de Historia es capaz de hacer todo esto, lo hemos visto: lo logra porque, al desplazar permanentemente las perspectivas del horizonte, remueve la atmósfera que envuelve al hombre y, con ello, lo priva de la posibilidad de sentir y actuar de manera no histórica. Entonces, el hombre abandona un horizonte infinito para enclaustrarse en sí mismo, en el más pequeño solar egoísta que lo quema y lo diseca: probablemente logre alcanzar alguna vez la astucia, pero jamás la sabiduría. Se puede conversar con él, calcula y se adapta a los hechos, no se en-

furece, guiña y sabe buscar la ventaja propia o la de su partido en las ventajas o desventajas de los demás. Desconoce la vergüenza superflua y se convierte así, paulatinamente, en el "hombre" y luego en el "anciano" de Hartmann. Es que, en verdad, se desea que se conviertan en ellos, dado que aquí reside el sentido de esa "absoluta entrega de la voluntad al proceso del mundo" que hoy se exige con tanto cinismo a fin de alcanzar el objetivo, que es la redención, como nos asegura el osado E. von Hartmann. Sin embargo, la voluntad y el objetivo de estos "hombres" y "ancianos" hartmannianos difícilmente sea la redención del mundo: el mundo estaría, por cierto, más cerca de la redención si se liberase de estos hombres y ancianos. Porque entonces vendría el reino de la juventud.

## 10

1. En este punto, en remembranza de la juventud, exclamo: ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Suficiente ya, y más que suficiente, con esa búsqueda apasionada y esa travesía errante por mares oscuros y ajenos! Ahora,





finalmente, aparece una costa: sea como fuere, hemos de bajar a tierra, pues el peor puerto será mejor que retroceder tambaleantes a esa infinidad escéptica y desesperanzada. Primero, bajemos a tierra; más tarde encontraremos los puertos buenos y facilitaremos el arribo a los que vienen después de nosotros.

2. Peligrosa y excitante ha sido nuestra travesía. ¡Qué lejos estamos ahora de la serena contemplación con que vimos zarpar nuestra barca al inicio! Al investigar los peligros de la Historia, nos hemos expuesto a todos esos peligros; nosotros mismos ostentamos las marcas de aquellos padecimientos que han sobrevenido a los seres humanos de la edad moderna a causa del exceso de Historia. A su vez, el presente tratado refleja, no pretendo ocultármelo, su carácter moderno, es decir, el carácter de una personalidad débil, en su crítica desmedida, en la inmadurez de su humanidad, en las frecuentes alternancias entre la ironía y el cinismo, entre el orgullo y el escepticismo. Y, no obstante, tengo fe, más que en el genio, en la fuerza inspiradora que guía mi barca, confío en la juventud y creo que me ha guiado bien al obligarme ahora a protestar contra el historicismo con que se pretende educar a la juventud de la humani-

dad moderna, y a exigir que el hombre aprenda ante todo a vivir y que recurra a la Historia con el único propósito de ponerla al servicio de la vida aprendida. Hay que ser joven para entender esta protesta, y hasta diría que, vista la inclinación de nuestra actual juventud a contraer canas prematuramente, casi no se puede ser suficientemente joven para poder sentir todavía contra qué se protesta. Recurriré a la ayuda de un ejemplo para explicarme.

3. Hace poco más de un siglo despertó en Alemania, entre algunos jóvenes, el instinto natural para aquello que se denomina poesía. ¿Acaso puede pensarse que las generaciones anteriores y las de esa época nunca antes habían hablado de un arte que les resultaba íntimamente extraño e innatural? Se sabe lo contrario: se sabe que han pensado, escrito y discutido acerca de la "poesía" con todas sus fuerzas, con palabras sobre palabras, y más palabras y palabras. Aquel despertar de una palabra a la vida no significaba necesariamente la muerte de los creadores de palabras; en cierto sentido, éstos aún están vivos. Porque si, como dice Gibbon, no hace falta más que tiempo y mucho tiempo para que se derrumbe un mundo, entonces, tampoco hace falta más que tiempo, pero, sin embargo, mucho más tiempo para que en Alemania, "el país del cambio gradual", desaparezca un concepto erróneo. Al fin y al cabo, quizás, comparado con un siglo atrás, hoy exista un centenar más de hombres que saben qué es poesía; quizás habrá, dentro de un siglo, otros cien hombres más que, entretanto, hayan aprendido qué es la cultura y que los alemanes, hasta el día de hoy, carecen de ella, pese a lo mucho que digan y ostenten. A esos hombres, la satisfacción general de los alemanes para con su "cultura" les parecerá tan inverosímil y ridícula como a nosotros el clasicismo de Gottsched, tan avalado en tiempos anteriores, o la valorización de Ramler como el Píndaro alemán. Tal vez pensarán que esta cultura no es más que una especie de conocimiento sobre la cultura y, por lo demás, un conocimiento bastante falaz y superficial. Falaz y superficial, porque se toleró la oposición entre la vida y el conocimiento, porque no se ha reconocido aquello que caracteriza la cultura de los pueblos verdaderamente cultos: que la cultura sólo puede crecer y aflorar sobre el fundamento de la vida; mientras entre los alemanes siga estando estacada como una flor de papel o vertida sobre la vida como un baño de azúcar, siempre permanecerá engañosa y estéril.

4. La educación de la juventud alemana, sin embargo, parte precisamente de esta concepción engañosa y estéril de la cultura: su objetivo, concebido de forma pura y elevada, no es, por cierto, el hombre de cultura libre, sino el instruido, el hombre científico y, sobre todo, el hombre científico que brinda una utilidad inmediata, que se sitúa al margen de la vida a fin de poder examinarla con mayor precisión. El resultado, visto desde una perspectiva empírica y vulgar, es el filisteo cultural estético-historicista, el sabelotodo tradicionalista y el neosapiente que se explaya sobre el Estado, la Iglesia, el arte, el *sensorium* de miles de afectos copiados de otros, el estómago insaciable que todavía no tiene noción de lo que es el verdadero hambre, la verdadera sed. Que una educación con tales resultados es innatural sólo lo siente quien aún no ha sido formado completamente por ella, sólo lo siente el instinto de la juventud, puesto que ésta todavía dispone de aquel instinto de la naturaleza que luego se ve artificial y cruelmente quebrantado por dicha educación. Por ello, quien anhele quebrar esta educación, debe alzar la palabra de la juventud, debe alumbrar, con la claridad de los conceptos, el camino de su inconsciente rebeldía y hacer de ella una conciencia que hable en voz alta. ¿Cómo podrá lograr un objetivo tan insólito?





5. Ante todo, destruyendo la superstición, la creencia en la necesidad de esa operación educativa, ya que se cree que no existe una alternativa a nuestra actual y extremadamente penosa realidad. Alcanza con examinar, al respecto, la literatura del sistema escolar y educativo superior de las últimas décadas: el investigador comprobará, con desalentador asombro, la uniformidad con que se ha concebido, pese a la diversidad de opiniones y de la vehemencia de las contradicciones, el objetivo general de la educación y cuán irreflexivamente se ha aceptado, como fundamento necesario y sensato de la educación ulterior, el resultado hasta ahora obtenido: el "hombre culto", tal como es entendido en la actualidad. Éste sería, más o menos, el monótono canon educativo: el joven ha de iniciar su educación con el conocimiento sobre la cultura, ni siquiera con un conocimiento sobre la vida, y mucho menos con la vida y la experiencia propiamente dichas. Entonces, este conocimiento sobre la cultura será infundido y entremezclado al joven a modo de un conocimiento histórico; esto significa que su mente será llenada de una enorme cantidad de conceptos que se deducen, no de la observación inmediata de la vida, sino del conocimiento, a su vez muy mediato, de las épocas y los pueblos del pasado. Su anhelo de experimen-

tar algo por cuenta propia y de sentir crecer en su interior un sistema de experiencias genuinas coherente y vívido, ese anhelo será anestesiado y, simultáneamente, embriagado por la exuberante ilusión de que, en pocos años, es posible acumular dentro de sí hasta las experiencias más sublimes y asombrosas de los tiempos antiguos y, sobre todo, grandes. Es ese mismo método delirante que lleva a nuestros jóvenes artistas plásticos a recorrer museos y galerías en lugar de desempeñarse en el taller de su maestro y, sobre todo, el taller único de ese maestro único que es la naturaleza. ¡Como si fuese posible, a través de un apresurado paseo a lo largo de la Historia, acaparar las artimañas y las artes de las épocas pasadas, es decir, su verdadero valor vital! ¡Como si la vida misma no fuese un oficio que demanda ser aprendido incesablemente desde sus comienzos y ser practicado sin reparar en daños, si se quiere evitar que de ella surjan, arrastrándose, meros chapuceros y charlatanes!

6. Platón consideraba necesario que la primera generación de su nueva sociedad (el Estado perfecto) fuese educada con la ayuda de una poderosa mentira de emergencia. Los niños debían aprender a creer que ya habían vivido durante un tiempo,





en sueños, debajo de la tierra, donde habían sido modelados y formados por el maestro de obras de la naturaleza. ¡Imposible rebelarse contra tal pasado! ¡Imposible obrar contra la obra de los dioses! Debe ser tomado por una ley natural inquebrantable: el que ha nacido como filósofo lleva oro en su cuerpo, el que ha nacido como guardián, sólo plata, y los trabajadores, hierro y bronce. Así como, según explica Platón, es imposible mezclar estos metales, tampoco es posible mezclar, revolver y alterar el orden de las castas. La creencia en la *aeterna veritas* de este orden es el fundamento de la nueva educación y del nuevo Estado. Asimismo, también el alemán moderno cree en la *aeterna veritas* de su educación y su clase de cultura; sin embargo, esta creencia se derrumbará, tal como se hubiera derrumbado el Estado de Platón, en el momento en que la mentira de emergencia se confronta con la verdad emergente: que el alemán no tiene cultura porque, dadas las bases de su educación, no puede tenerla. Anhela la flor sin raíz y sin tallo. Por lo tanto, la anhela en vano. Ésta es la simple verdad, una verdad incómoda y cruda, una verdad verdaderamente emergente.

7. No obstante, es con esta verdad emergente que ha de ser educada nuestra primera generación;

porque tiene que educarse a sí misma a través de ella y, en cierto modo, educarse contra sí misma, para encaminarse hacia un nuevo hábito y una nueva naturaleza, dejando atrás el hábito anterior y su primera naturaleza; de modo que pueda decirse a sí misma en español antiguo: *defiéndame Dios de my,* Dios me proteja de mí, es decir, de la naturaleza que me ha sido inculcada por la instrucción. Tiene que saborear esta verdad, gota a gota, como una amarga y potente medicina, y cada individuo de esta generación debe superarse para poder emitir aquel fallo sobre sí mismo que, por cierto, le resultaría más soportable si se tratase de un juicio general acerca de toda una época: estamos purgados de cultura, más aun, hemos degenerado respecto de la vida, del correcto y sencillo contemplar y escuchar, del poder abrazar con felicidad lo que nos es más cercano y natural, y hasta respecto del presente. No poseemos siquiera el mero fundamento de una cultura, porque no estamos convencidos aún de estar provistos de una vida verdadera en nuestro interior. Derrumbado y desintegrado, el conjunto dividido casi mecánicamente en un interior y un exterior, rociado de conceptos como si fueran dientes de dragón que procrean dragones del concepto, padeciendo, por lo demás, de la enfermedad de las palabras, que es





la desconfianza ante toda sensación propia que todavía no haya sido estampada por las palabras: como tal fábrica de conceptos y palabras, no viviente, pero sí extraordinariamente activa, quizás tenga derecho a decir *cogito, ergo sum,* pero, de ninguna manera, *vivo, ergo cogito.* Me es asegurado el vacío "ser", pero no la plena y verde vida. Mi sentido genuino sólo me garantiza que soy un ser pensante, no un ser vivo, que, ni siquiera, soy un *animal,* sino, a lo sumo, un *cogital.* ¡Primero dadme vida y yo crearé a partir de ella una cultura! Esto es lo que gritan los individuos de esta primera generación y por lo cual se reconocerán entre sí. ¿Quién les dará esa vida?

8. Ningún dios y ningún ser humano: tan sólo su propia juventud. Desatadla y liberareis así a la vida. Porque la vida estaba oculta y encarcelada, pero aún no ha marchitado ni muerto, ¡preguntáoslo a vosotros mismos!

9. Pero esta vida desatada está enferma y debe ser curada. Está moribunda por muchas dolencias, no solamente por el recuerdo de sus ataduras: sufre, esto es lo que más nos concierne, de la enfermedad histórica. El exceso de Historia ha atacado a la fuerza plástica de la vida y ésta ya no sabe servirse

del pasado como de un alimento nutritivo. Este mal es aterrador y, sin embargo, si la juventud estuviese dotada del don vidente de la naturaleza, hoy nadie sabría que se trata de un mal y que se ha echado a perder un paraíso de salud. Pero esa misma juventud adivina, con el instinto curativo de su propia naturaleza, cómo puede ser recuperado el paraíso. La juventud conoce los ungüentos y remedios contra la enfermedad histórica, contra el exceso de lo histórico: ¿cómo es que se llaman?

10. No hay que extrañarse de los nombres de dichos venenos; los antídotos contra lo histórico son: lo *ahistórico* y lo *suprahistórico*. Con estas palabras, volvemos al inicio de nuestra consideración y a su serenidad.

11. Con la expresión "lo ahistórico", señalo el arte y la fuerza de poder olvidar y de encerrarse en un horizonte limitado; llamo "suprahistóricos" a los poderes que distraen la mirada del devenir y la dirigen a lo que da a la existencia el carácter de lo eterno y perdurable en cuanto a su significado: el arte y la religión. La ciencia –dado que es ella la que hablaría de venenos– mira estas fuerzas y potencias con enemistad, dado que solamente considera como observación verdadera y correcta,





es decir como observación científica, aquella que se empeña en ver, adonde mire, sólo lo que ha devenido, lo histórico; y en ningún lado ve algo que simplemente es porque es, es decir, algo eterno. Así resulta que la ciencia vive en una contradicción interna con las potencias eternizantes del arte y la religión, porque a su vez odia el olvido, que es la muerte del conocimiento, y procura extender los límites del horizonte y arrojar al ser humano a un mar infinitamente ilimitado e iluminado por las ondas que provienen de la luz del devenir reconocido como tal.

12. ¡Si, al menos, el ser humano pudiese vivir allí! Tal como las ciudades se derrumban y quedan devastadas por un terremoto, tal como el hombre construye con temor y de manera provisoria su casa sobre un terreno volcánico, así la vida se derrumba y cae sobre sí misma, se torna débil y desanimada, cuando el terremoto de los conceptos, que es provocado por la ciencia, priva al hombre del fundamento de su seguridad y paz, que es la fe en lo perdurable y eterno. ¿Es que la vida debe imperar sobre el conocimiento y la ciencia, o el conocimiento sobre la vida? ¿Cuál de las dos fuerzas es la superior y decisiva? Nadie dudará: la vida es la fuerza superior, la fuerza dominante,

porque cualquier conocimiento que destruya la vida se habrá destruido simultáneamente a sí mismo. El conocimiento presupone la vida y tiene el mismo interés en la preservación de la vida que todo ser viviente en la continuación de la propia existencia. Es por ello que la ciencia necesita de una vigilancia y supervisión mayor; una enseñanza de higiene vital se impone al lado de la ciencia, y uno de los preceptos de esta enseñanza saludable podría ser: lo *ahistórico* y lo *suprahistórico* son los antídotos naturales contra el sofocamiento que la Historia causa a la vida y, con ello, contra la enfermedad histórica. Es probable que nosotros, los enfermos de Historia, suframos también de los efectos de los antídotos. Pero que suframos por ello no prueba que el método terapéutico que hemos elegido no sea el adecuado.

13. En esto reconozco la misión de esa juventud, de esa primera generación de luchadores y matadores de serpientes que marcha hacia una cultura y una humanidad más felices y más bellas, sin contar con más que una intuición prometedora de tal felicidad y belleza en el futuro. Esta juventud sufrirá simultáneamente del mal y del antídoto; y, no obstante, cree poder honrarse de poseer una salud más robusta y una naturaleza más natural





que la generaciones precedentes: los "hombres" y "ancianos" cultos del presente. Su misión es, por cierto, sacudir los conceptos contemporáneos de "salud" y "cultura" y provocar desprecio y odio contra esos monstruosos híbridos conceptuales; y el signo de garantía de su salud superior deberá ser precisamente que ella, esa juventud, no podrá utilizar para sí ningún concepto, ningún lema partidario de la moneda idiomática y conceptual en curso; en pos de describir su esencia existencial, en cambio, recurrirá únicamente a su potencia activa y luchadora, extirpadora y distintiva, y será convencida por un sentimiento de vida elevado en cada hora buena. Se puede negar que esta juventud tenga una cultura. Pero ¿qué juventud podría ver en esto un reproche? Se la podría acusar de rudeza e intemperancia, pero lo cierto es que todavía no es lo suficientemente vieja y sabia para restringirse. Antes bien, no tiene necesidad de fingir y defender una cultura conclusa y goza de todos los consuelos y todos los privilegios de la juventud: ante todo, del privilegio de una sinceridad fervorosa y libre de resguardos así como del inspirante consuelo que le brinda la esperanza.

14. De los esperanzados sé que comprenden de inmediato todas estas generalidades y que sabrán

traducirlas, por medio de sus propias experiencias, en una doctrina dotada de un significado personal. Los demás, probablemente, sólo verán vasijas cerradas que, por consiguiente, bien podrían estar vacías, hasta que, con sus propios ojos, se sorprendan de que las vasijas están llenas y que estas generalidades encierran y concentran en su interior ataques, exigencias, impulsos vitales y pasiones que no podían quedar ocultos por mucho tiempo. Rechazando a estos escépticos del tiempo, que todo lo saca a la luz, me dirijo, para concluir, a esa sociedad de esperanzados, para relatarles, por medio de una parábola, el transcurso y avance de su curación de la enfermedad histórica y, con ello, también narrarles el curso de su propia historia hasta el momento en que estén lo suficientemente sanos para volver a promover la Historia y servirse del pasado, esta vez dominado por la vida, en aquel triple sentido, es decir, en el sentido monumental, anticuario y crítico. En ese momento, serán más ignorantes que los "cultos" del presente, habrán olvidado mucho, especialmente el deseo de incurrir en aquello que tales hombres cultos habían tenido por digno de ser conocido. Sus marcas de distinción, desde la perspectiva de los hombres cultos, es, precisamente, su "falta de cultura", su indiferencia y repelencia





contra lo célebre y aun contra muchas cosas buenas. No obstante, en el punto culminante de su curación, habrán vuelto a ser seres humanos, para dejar de ser meros agregados que sólo se parecen a los hombres. ¡Esto ya es algo! ¡Éstas sí que son esperanzas! ¿No os sonríe el corazón a vosotros, los esperanzados?

15. Preguntaréis: ¿y cómo llegaremos a tal destino? El dios de Delfos os lanza, justo al comienzo de vuestro viaje hacia ese objetivo, su voto: "Conócete a ti mismo". Es un voto de peso, pues este dios "no oculta ni pregona nada, tan sólo indica", como ha dicho Heráclito. ¿Qué indica?

16. Ha habido siglos en que los helenos se veían ante un riesgo similar al que hoy tenemos que afrontar nosotros: el riesgo de sucumbir por la afluencia de lo ajeno y del pasado, el peligro de perecer por la "Historia". Los helenos nunca vivieron en orgulloso aislamiento de los demás; su cultura, antes bien, durante largo tiempo ha sido un caos de formas y concepciones extranjeras, semitas, babilónicas, lidias y egipcias, y su religión era una verdadera lucha de todos los dioses de Oriente; de forma semejante, la "cultura alemana" y la religión son un caos de luchas internas de lo

extranjero y del pasado. Sin embargo, la cultura helénica no se convirtió en un agregado, gracias a ese voto apolíneo. Los griegos aprendieron paulatinamente a organizar el caos, concentrándose, acorde a las enseñanzas délficas, en sí mismos, es decir, en sus necesidades genuinas, dejando morir así las necesidades apócrifas. Así volvieron a ser dueños de sí mismos; no continuaron siendo durante mucho tiempo los herederos sobrecargados y epígonos de todo Oriente; se convirtieron, tras una embarazosa lucha contra sí mismos y a través de la interpretación práctica de aquel lema, en los más felices enriquecedores y acumuladores del tesoro heredado y en los precursores y próceres de todos los pueblos civilizados posteriores.

17. He aquí una parábola para cada uno de nosotros: cada uno debe organizar el caos que lleva adentro, concentrándose en sus necesidades genuinas. La sinceridad, el carácter aplicado y verídico de cada uno alguna vez debe retobarse contra todo lo que siempre se limitó a ser repetido, aprendido de otros e imitado; entonces, comienza a comprender que la cultura puede constituir algo más que una mera decoración de la vida, lo cual, en el fondo, no sería otra cosa que hipocresía y encubrimiento, pues todo ornamento oculta aquello





que adorna. Así se le revela el concepto helénico de la cultura –en oposición al concepto romano–, el concepto de la cultura como *physis* nueva y mejorada, sin interior ni exterior, sin simulación ni convención, el concepto de la cultura como unanimidad entre vida, pensamiento, apariencia y voluntad. De esta forma aprende, a través de la experiencia propia, que ha sido la fuerza superior de la naturaleza moral la que permitió a los helenos obtener la victoria sobre todas las demás culturas, y que todo incremento de la veracidad necesariamente desembocará también en el fomento de la cultura verdadera, aunque esta veracidad a veces pueda perjudicar seriamente a la cultura que es tenida en alta estima en el momento, y contribuya a la derrota de toda esa cultura decorativa.

## En la misma colección

- Cartas a mi madre
  Jean Cocteau
- Sobre la lectura
  Marcel Proust
- Memorias de un loco
  Gustave Flaubert
- Ellis Island
  Georges Perec
- Los constructores de imperios o el Schmürz
  Boris Vian
- Diccionario de los lugares comunes
  Gustave Flaubert
- Padre e hija
  Françoise Dolto
- Cartas a un joven bailarín
  Maurice Béjart
- Segunda consideración intempestiva
  Friedrich Nietzsche
- El terror y la piedad
  Marcel Schwob
- Infancias
  Françoise Dolto
- Deber de memoria
  Primo Levi
- La Fanfarlo
  Charles Baudelaire
- Ensayo sobre el gusto
  Montesquieu
- Confesiones de un opiómano inglés